

A close-up photograph of a person's hairy back. A small, raised, red bump is visible on the left side of the back, near the spine. The text is overlaid on the right side of the image.

PALABRA DEOSO#1

.....

*Todo empieza
en Nueva York*

.....

BOB FLESH

Osos peludos, chubbies viciosos, daddies encantadores, osazos polares, ositos panda... y un joven artista con un arma de destrucción masiva entre las piernas.

Muchos pelos y muchos kilos en la primera entrega de la serie de temática bear más explícita y morbosa jamás publicada en español: Palabra de Oso.

18 capítulos llenos de sexo carnoso y velludo, de escenas tórridas y sudorosas como pocas veces se han escrito. Y además, una apasionante historia de descubrimiento, amor y deseo ambientada en el Nueva York más cosmopolita.

Lectulandia

Bob Flesh

Todo empieza en Nueva York

Volumen 1 de la serie Palabra de Oso

ePub r1.2

Polifemo7 19.09.13

Título original: *Todo empieza en Nueva York*

Bob Flesh, 2013

Diseño de portada: Pepe Buonamisis

Fotografía de portada: Pepe Buonamisis

Retoque de portada: orhi & Banshee

Editor digital: Polifemo7

Aporte cedido por: Ariblack

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Alivio de luto

No fue intencionado. De hecho, Marc estaba convencido de que aún necesitaría unos cuantos meses más para volver a ser algo parecido a la persona que fue. Sabía, eso sí, que jamás volvería a ser el Marc de siete años atrás, porque aquel joven inseguro y recién llegado a la Gran Manzana había desaparecido para siempre el bendito día en que conoció a Theodor.

Quizá la sauna de vapor del hotel Four Seasons no sea la mejor de Manhattan, pero era la preferida de Theodor. Él fue quien le llevó allí por primera vez, y desde su desaparición Marc no había vuelto a pisar la sauna ni el hotel. Hasta esa fría mañana de febrero en que se dejó llevar por un impulso inesperado y por el cálido recuerdo del vapor sofocante y el sudor purificador. Theodor ya no estaba, ya no volverían a ir juntos ni a esa sauna ni a ningún otro sitio. Si quería reconstruir su vida, Marc debía empezar a vivir por sí mismo.

Al abrir la puerta de madera sintió el familiar golpe de calor húmedo contra su cara y buscó entre la penumbra vaporosa un lugar en la bancada de madera donde dejarse caer. A las once de la mañana de un día laborable no suele estar concurrida, y esa había sido la razón definitiva para animarse a volver a aquel lugar de recuerdos agri dulces. Sin embargo, conforme sus ojos se aclimataban a la semioscuridad pudo percibir a través de la nube de vapor una figura sentada frente a él. Al principio solo fue capaz de adivinar una forma difusa, voluminosa y oscura, y el resplandor blanquecino de una toalla. Pero en menos de un minuto, lo que tardaron sus ojos en adaptarse completamente a la escasa luz, supo con toda certeza que lo que tenía delante de sus narices, semidesnudo y sudoroso, era un osazo como la copa de un pino.

Parecía dormido, o al menos tenía los ojos cerrados, recostado contra la madera con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Los fornidos brazos apoyados a lo largo del respaldo dejaban a la vista unas axilas cubiertas de negrísimos caracolillos apelmazados por la humedad. La gran barriga, redonda y firme, y las dos tetas prietas de pezones oscuros y respingones estaban tapizadas de pelo negro, pegado a la piel brillante de sudor. Ajustada bajo la barriga llevaba una toalla que le cubría el comienzo de unos muslos gruesos como columnas. La toalla caía entre las piernas semiabiertas formando una especie de toldillo que ocultaba sus partes íntimas, y fue en ese momento, imaginando casi sin querer lo que se escondía bajo esa toalla, cuando Marc se dio cuenta de que tenía una erección como no había experimentado en muchísimo tiempo.

Una polla magnífica como la de Marc tenía muchas ventajas, claro, pero también algunos inconvenientes: cuando se ponía contenta era muy difícil de ocultar. Tuvo que recolocarse en su asiento, casi avergonzado por lo inesperado de la situación,

intentando por todos los medios disimular el bulto entre sus piernas. El crujir de maderas despertó al oso, que al incorporarse ligeramente pareció descubrir de pronto que no estaba solo. Sonrió bajo su poblado bigote y se desperezó estremeciendo todas sus carnes. Se limpió con las manos el sudor de la cara y la calva, pasó los dedos por la espesa mata de vello del pecho y recorrió todo el arco de su barriga, dejando un rastro de remolinos empapados sobre la piel. Y de pronto, con un movimiento brusco aunque aparentemente inocente, separó las piernas tensando la toalla y dejando a la vista el rincón oculto. Marc no pudo evitar clavar los ojos en sus dos grandiosos huevos, descansando plácidamente sobre el asiento, y en el pene relajado pero robusto que surgía entre la espesura negra de su pubis carnosos. Las piernas se cerraron de nuevo y Marc volvió a la realidad. Estaba en la sauna de un hotel mirando descaradamente las partes íntimas de un desconocido, probablemente un hombre de negocios de paso por la ciudad, que ahora le miraba a él fijamente, serio, casi diría que enfadado. Y lo peor de todo, Marc tenía una erección de caballo que por mucho que intentaba no había forma de ocultar bajo la minúscula toalla. Tenía que salir de allí.

Antes de poder hacer siquiera ademán de incorporarse, el osazo se puso en pie exhibiendo toda su humanidad peluda y redonda. Marc se quedó petrificado, intentando no mirar pero sin poder evitarlo, admirando las curvas brillantes de sudor y vapor, las gotas resbalando entre el pelo y la piel, mientras el hombre se dirigía hacia la salida con pasos retumbantes. Abrió la puerta y Marc se dispuso a decir adiós a la visión más excitante que había cruzado por su vida en el último año. Pero el osazo asomó la cabeza, miró a ambos lados y volvió a cerrar la puerta. Se dirigió entonces a la estufa y vertió un cazo de agua sobre las piedras calientes, provocando una bocanada de vapor que enseguida inundó todo el espacio.

Marc intentaba controlarse por todos los medios, entrecerrando los ojos para aparentar que dormitaba, con las piernas cruzadas tratando de ocultar su polla ingobernable. Pero cuando la toalla del osazo resbaló, casi a cámara lenta, descubriendo poco a poco un hermoso trasero de cachetes redondos y prietos tapizados de pelo oscuro, Marc no pudo soportarlo y tuvo que descruzar las piernas para liberar la presión en sus huevos y dejar respirar a su polla palpitante. Sin volverse, el osazo se agachó lentamente en busca de su toalla, y Marc se encontró a menos de un metro de su cara el culazo húmedo en todo su esplendor y, un poco más abajo, dos hermosos huevos colgando dentro de su saco.

No pudo evitarlo. Tampoco lo pensó. Su brazo decidió por sí mismo y se movió hacia delante. Su mano se abrió y acogió en su palma los testículos en su tierno envoltorio, sopesándolos entre sus dedos, disfrutando de su tacto viscoso y cálido. De pronto tomó conciencia de lo que estaba haciendo y apartó la mano azorado, pero enseguida se percató de que al osazo no solo no le había molestado su atrevimiento,

sino que mantenía la misma posición agachada y ni siquiera se había preocupado de recoger la toalla del suelo. Por si quedaba alguna duda, el oso alargó sus manazas y clavó los dedos en sus nalgas, separándolas con fuerza y dejando a la vista un tornado de pelo negro y, en el centro, un hermoso agujero rosáceo que parecía estar diciendo cómeme. Y eso es justo lo que hizo Marc. Sin detenerse a pensar, sin ser consciente de que en el momento en que penetraba con su lengua ansiosa en el húmedo y cálido agujero estaba dejando atrás para siempre la etapa más sombría y triste de su vida.

Un gemido ronco y complacido recibió el primer embiste de su lengua. Siguieron más gemidos, muchos más, mientras Marc, de rodillas, lamía la raja de arriba abajo, frenéticamente, poseído por el deseo acumulado, alargando su lengua para llegar al fondo de aquel culazo sin fondo, sintiendo la caricia de los pelos en sus labios, en la cara hundida entre aquellas dos masas de carne. Se agarró a los muslos para profundizar más, deslizó una mano hasta el escroto colgante y después hurgó en su anverso en busca del miembro. Lo encontró muy diferente de la fugaz visión bajo la toalla. Su mano se topó con una polla gruesa y dura, tan erecta como la suya, más corta pero más gorda, y palpando descubrió que su capullo lubricado estaba pidiendo que una mano salvadora lo sacase a la luz por fin. Marc masajeó adelante y atrás, una sola vez, con cuidado. Un gemido grave y largo le confirmó que iba por buen camino, y entonces movió la mano con energía, cada vez más rápido conforme los gemidos aumentaban en intensidad al ritmo de su lengua frenética en el centro del huracán peludo.

De pronto, el hombre se incorporó y Marc pudo admirar desde su posición la amplia espalda cubierta de vello rizado. Y cuando el oso se dio la vuelta, Marc se encontró a un palmo de su cara con la polla gruesa y hinchida de venas que acababa de tener en su mano. Frustrando su impulso de engullirla, el oso le miró desde lo alto de su barriga y le indicó que se pusiera en pie. Antes de darse cuenta tenía la lengua del oso recorriendo todos los rincones de su boca, enredándose con su propia lengua, y podía sentir el cosquilleo del frondoso bigote contra sus labios, y las manazas recorriendo su espalda, agarrándole el culo, subiendo hasta la nuca para atraerle contra su boca desesperada. Marc abrazó el corpachón húmedo sintiendo el vello resbalar entre sus dedos. Podía notar su polla desesperadamente hinchada restregándose con la del oso, su pelvis moviéndose con empujones involuntarios que chocaban contra el colchón peludo de la ingle osuna.

El oso abandonó la boca de Marc y bajó hasta sus pezones. Lamió primero, mordisqueó ligeramente después. Siguió bajando, recorriendo con su lengua el vientre plano, el ombligo sutil rodeado de pelo castaño, el caminito piloso hasta toparse con la polla exultante de Marc. La cogió con las dos manos como calibrando su longitud, miró hacia arriba buscando los ojos de Marc. Sacó la lengua, rozó apenas la uretra enrojecida y volvió a mirar a Marc. Y sin dejar de mirarle a los ojos,

desafiante, la engulló de un solo golpe hasta enterrar la nariz entre el suave vello de su pubis.

A pesar de los sonidos guturales, de las arcadas que el miembro le producía al profundizar en su esófago, parecía disfrutar manteniendo la polla en su boca casi hasta el ahogo para dejarla salir después con un profundo suspiro de su cara enrojecida. Marc se estremecía con intensos escalofríos que le recorrían la espalda y le nublaban la visión. Sintió que necesitaba tomar el control. Agarró la cabezota del oso y la apartó de su rabo. Le obligó a mirarle a los ojos y sin una palabra le hizo saber que ahora él estaba al mando. El oso se relamía y abría la boca intentando sin éxito volver a acoger la polla en su interior, pero Marc la movía frente a su cara, golpeándole las mejillas, permitiéndole apenas rozarla con los labios. Hasta que con un rápido movimiento de pelvis se la metió hasta la nuez, y la mantuvo allí hasta que los ruidos guturales sonaron a peligro de ahogamiento. Cuando la sacó, el osazo le miró con un hilo de baba colgando de la comisura y una sonrisa de agradecimiento.

Volvió a metérsela hasta el fondo, una y otra vez, y cuando Marc ya no pudo más, cuando supo que si volvía a follarle la garganta escupiría todo el semen acumulado durante meses, levantó al oso del suelo y lo tumbó boca arriba en uno de los bancos. Se lanzó sobre él y le besó con ganas, mordió sus pezones agarrando con fuerza las tetas peludas, entre gemidos arrebatados del osazo sudoroso que le clavaba las uñas en la espalda y le abrazaba las caderas con sus poderosas piernas. Se incorporó mirándole a los ojos y alzó una de las piernas hasta su hombro. Luego la otra. Miró hacia abajo, a la hendidura oscura bajo los huevos, y dejó a su capullo buscar el camino hacia el agujero húmedo. No tardó en encontrarlo, pero la resistencia era mayor de la esperada. El osazo hizo una mueca de dolor y Marc relajó el ataque. Ninguno de los dos estaba dispuesto a frustrar el perfecto desenlace del encuentro y el oso separó sus nalgas para facilitar la penetración. Marc escupió sobre su polla y se abrió camino con tacto, lentamente, observando la expresión de su cara, y cuando la mueca de dolor se transformó en otra de placer, cuando la boca se abrió y los ojos como platos miraron al techo extasiados, la polla de Marc desapareció en toda su longitud dentro del culazo del oso, que lo agradeció con un gemido largo y profundo seguido de un suspiro de intensísimo placer.

Marc sabía que no podría aguantar mucho, así que se movió lentamente, saboreando cada empujón, sintiendo la presión de la carne en torno a su miembro, admirando el paisaje peludo ante sus ojos, la barriga redonda entre los muslos alzados, las tetas duras de pezones enhiestos, la mueca de placer bajo el bigote húmedo. Agarró la polla gruesa y durísima y sintió el líquido viscoso que goteaba en su extremo. Sincronizó los movimientos de su pelvis con los de su mano y conforme el ritmo de los movimientos aumentaba, también lo hacían las respiraciones de ambos. Hasta que los empujones se volvieron frenéticos, golpeando con fuerza pelvis

contra pelvis, salpicando sudor en cada golpe, y vencido ante los movimientos frenéticos de la mano de Marc, el oso soltó un estruendoso gruñido y su polla disparó una enorme bocanada de leche que fue a parar a la alfombra peluda de su pecho, seguida de varios chorros más que inundaron su barriga y su pubis. En un rápido movimiento, Marc sacó la polla y disparó un potente chorro que, dibujando un arco en el aire, fue a parar a la cara extasiada del osazo, salpicando el banco de madera y hasta la pared de detrás.

Los gemidos y suspiros resonaban aún entre las paredes del cubículo cuando Marc se dejó caer sobre la barriga resbaladiza de su amante, derrotados los dos, empapados de fluidos comunes. Durante varios minutos permanecieron así, abrazados en silencio, recuperando el resuello. Hasta que Marc alzó la cabeza de su mullido colchón de pelo y le dijo al bigote sonriente y salpicado de semen:

—Gracias.

—Gracias a ti. —Contestó el bigote.

Al salir del hotel y sentir contra su cara el golpetazo del invierno neoyorkino, Marc supo en lo más profundo de su ser que acababa de iniciar una nueva etapa en su vida. Nunca podría olvidar a Theodor ni todo lo que habían compartido en esos años juntos, sin duda los más felices de su vida. Pero caminando con paso rápido hacia su apartamento en el Upper West Side, Marc tomó una decisión: había llegado el momento de quitarse el luto emocional que le había acompañado dolorosamente durante el último y larguísimo año.

El marchante polar

Conoció a Theodor nada más llegar a Nueva York. Fue en una de las primeras galerías que visitó, pertrechado con su cartapacio y toda la audacia del que no conoce el terreno que pisa. La señora que le atendió, excéntrica pero elegante, no se esforzó demasiado en hacerle entender que su galería no estaba buscando nuevos artistas y que no tenía tiempo para mirar su obra. Era la quinta respuesta parecida que Marc recibía en esa mañana, y su infalible plan para hacerse un hueco en el mundo del arte neoyorkino, y por tanto mundial, empezaba a hacer aguas por todas partes.

—¿Me permites?

La voz a su espalda sonó firme pero cálida, y cuando Marc se giró intrigado se tropezó con el azul profundo de los ojos de Theodor atravesándole el alma. ¿Flechazo? Quizá. No tendría oportunidad de considerarlo hasta mucho tiempo después, cuando ya compartían apartamento y vida en uno de los barrios más elegantes y caros de Manhattan y el nombre de Marc Brossa empezaba a sonar entre marchantes y coleccionistas como uno de los artistas potencialmente más rentables de la década.

Por supuesto, fue Theodor quien se encargó de colocar su nombre y su obra en la casilla de salida de lo que podría ser una carrera artística. Pero fueron sin duda el talento de Marc, su asombrosa capacidad de trabajo y una perspectiva personal y única de la creación, los factores determinantes para que un joven pintor europeo, desconocido en Europa, llegase a exponer en las mejores galerías de la capital del mundo y a colgar sus cuadros en los salones de la exigente alta sociedad de Nueva York.

Desde un punto de vista físico, Theodor era un oso polar de catálogo. Escaso pelo cano, barba cana, vello cano, complexión fuerte y amplios volúmenes curvos bajo la ropa. Cuando Marc se giró en busca del origen de aquella voz, lo siguiente que percibió tras los penetrantes ojos azules fue una rotunda barriga cubierta por una camisa hawaiana y dos gruesos y bronceados antebrazos tapizados de vello canoso. Marc nunca había tenido una especial predilección por los osos polares. El vello era importante pero no su color, y en su país de origen, debido seguramente a la calidez del clima, eran mucho más abundantes los osos de pelaje oscuro.

Aquel primer encuentro con el que poco después se convertiría en el hombre de su vida terminó con un simple apretón de manos y una cita para el día siguiente en su despacho de la Calle 56. Theodor apenas había ojeado por encima los dibujos y fotografías del cartapacio, pero un par de ellos le habían llamado la atención y había pedido a Marc que llevase a su cita más piezas de ese estilo. Por supuesto, Marc agradeció su interés con efusividad y prometió llevarle otros trabajos similares en diferentes formatos.

Theodor se echó a reír cuando le vio aparecer al día siguiente cargado con carpetas, tubos, lienzos y hasta una pieza en madera de considerables dimensiones. Marc contestó con un divertido «mejor no te lo cuento» cuando Theodor le preguntó cómo se las había arreglado para cargar con todo aquello por los pasillos y vagones del metro. El trabajo de Marc interesó enseguida a Theodor, marchante y coleccionista él mismo, pero la obra no era suficiente.

—Nueva York está lleno de artistas que se creen el próximo Warhol —dijo Theodor mirando fijamente a los ojos de Marc—. Pero para llegar a algo en este mundo tan competitivo, además de ser un gran artista hay que demostrarlo, hay que estar dispuesto a hacer grandes sacrificios, hay que tener una voluntad inquebrantable y ser capaz de tragarte el orgullo y el asco ante determinadas personas. ¿Entiendes de lo que hablo?

—Creo que sí —contestó Marc rogando en silencio para que el gran sacrificio que le tocara fuera al menos una mamada al osazo que tenía enfrente.

—¿Estás dispuesto a sacrificarte?

—Completamente. Lo que sea... Ahora mismo si quiere.

Theodor soltó una sonora carcajada y se puso en pie.

—Ven conmigo.

Marc le siguió expectante por pasillos y escaleras, sin dejar de mirar sus anchas espaldas, sus caderas acolchadas y el culazo intuido bajo los pantalones de lino. Theodor había sustituido la camisa hawaiana por un traje ligero y una camisa sin cuello. Un par de botones desabrochados dejaban escapar un mechón de salvaje pelo blanco de su pecho. Llegaron a lo que parecía un búnker acorazado, y tras introducir un código, Theodor empujó la pesada puerta y entró detrás de Marc.

—La mayor parte de lo que hay aquí pertenece a mi colección privada —dijo Theodor desplegando enormes bastidores llenos de cuadros—. Pero también hay mucha obra en venta, sobre todo de artistas nuevos como tú. Como ves, no es fácil hacer algo que no esté hecho ya. Y sin embargo, creo que tú tienes una voz diferente, muy potente. Si me dejas ayudarte, quizá puedas conseguirlo.

—¿Esto es un Rothko?

—Sí.

—¿Original?

—No vuelvas a preguntar eso jamás.

—¿Tiene usted un Bacon!

—Un par.

—¿Puedo tocarlo, por favor? En los museos está prohibido, y siempre me ha intrigado mucho la textura del pincel de Francis Bacon.

—Con cuidado.

Marc acercó la mano lentamente, rozando apenas el lienzo, con la cara a escasos

centímetros, admirando cada trazo, cada variación de color. Y permaneció así, absorto y ausente, recorriendo el cuadro palmo a palmo, hasta que la voz profunda de Theodor le sacó de su trance.

—¿Sabes que eres muy guapo? Eso es bueno, te ayudará a abrir algunas puertas. Pero una cara bonita y un físico atractivo no sirven de nada si no llevas un genio dentro. Bacon no era guapo, Rothko tampoco, pero los bares de Nueva York están llenos de camareros guapitos que quisieron ser grandes artistas.

—La belleza es un concepto totalmente subjetivo. Depende de la sensibilidad del observador. A usted yo le puedo parecer atractivo porque, como la mayoría de la gente, tiende a percibir la belleza en el sentido clásico del concepto, la proporción áurea y todo eso. Para mi sensibilidad, en cambio, el concepto de belleza estaría mejor representado por un cuerpo como...

—¿Cómo cuál?

Marc sintió una oleada de intenso calor que le subía por la cara. Bajó la mirada huyendo de los poderosos ojos azules de Theodor y se encontró con su barriga, más poderosa incluso que sus ojos.

—¿Cómo el mío? ¿Te parece bello mi cuerpo?

Marc asintió sin atreverse a levantar la vista. Theodor dio un paso hacia él, cogiéndole suavemente del mentón le obligó a mirarle a los ojos y, con ternura infinita, le besó en los labios.

West Side Love Story

Al entrar en casa se fue directamente al estudio y encendió el portátil. Había tomado una decisión que hasta ese momento le parecía inconcebible. Khalid, el saudí de la sauna del Four Seasons, había roto la maldición, y Marc se sintió por fin liberado de la losa que había arrastrado penosamente durante todo un año. Tragando bebida isotónica para rehidratarse, escribió un par de emails y compró los billetes de avión. Luego se derrumbó en el sofá del salón y se quedó mirando el cuadro de Bacon sobre la chimenea. Theodor lo colocó allí el mismo día en que Marc llegó con sus escasas pertenencias dispuesto a compartirlo todo con él.

La primera vez que Marc entró en aquel apartamento de la Calle 75 Oeste creyó estar viviendo una película de Hollywood. Había visto *West Side Story*, claro, pero no pensaba que en pleno siglo XXI quedasen en pie tantos edificios de ladrillo rojo con escaleras en la fachada como los que servían de escenario a las peleas bailadas entre Jets y Sharks. El apartamento de Theodor ocupaba la quinta y última planta de uno de esos edificios. Cuatro habitaciones, estudio luminoso, un salón enorme y diáfano y un solárium en la azotea al que se accedía por una escalera de caracol. Y cuadros por todas partes. Siglo XX americano sobre todo, Warhol, Pollock, Hopper. Pero también alguna pieza de Giacometti, un grabado de Rembrandt y hasta un Monet.

Theodor era perfectamente consciente del impacto que su colección provocaba en cualquiera que visitase su casa por primera vez. Y si el visitante era un guapo pintor primerizo al que había decidido conquistar, un simple paseo por su museo doméstico era suficiente para que la víctima se dejase cazar sin resistencia. Pero Marc no era una víctima cualquiera. Desde el primer momento Theodor supo que era una persona especial y quiso conocer más de aquel joven que con un simple beso le había devuelto la ilusión del amor.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? Voy a abrir un vino blanco, pero si prefieres cerveza o cualquier otra cosa...

—Vino está bien.

Marc estaba temblando. A sus veintiséis años había tenido unas cuantas experiencias con hombres, casi todos mayores que él, pero no se consideraba ni mucho menos un experto. Tenía, eso sí, la autoconfianza del amante bien dotado, la tranquilidad que le da a cualquiera saber que cuando llegue el momento de la verdad, de debajo de sus calzoncillos surgirá un miembro grande y poderoso, listo para entrar en acción. Todos sus amantes sin excepción habían adorado su polla y alabado su habilidad para usarla. Y sin embargo, cuando Theodor le acercó su copa de vino y se sentó a su lado en el sofá, su pene debía de tener el tamaño de un pepinillo alemán y la turgencia de una ciruela pasa.

—¿Estás bien?

—Sí... Algo nervioso. Tu casa abrume un poco.

—Lo sé, pero solo la primera vez —le pasó un brazo por los hombros—. Relájate, no te sientas obligado a nada. Ante todo soy un profesional, y si he decidido representarte es porque confío en tu potencial como artista. También me siento físicamente muy atraído por ti, pero eso pertenece al mundo de los instintos, son dimensiones independientes. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Tú también me... No creas que no he tenido antes experiencias con... Es solo que... No sé, nunca me había sentido así de...

—¿Cohibido? No sabes cómo me alegro. Dame tu mano.

Theodor se desabrochó un par de botones de la camisa e introdujo la mano de Marc bajo la tela.

—Cierra los ojos y déjate llevar.

Marc cerró los ojos y sintió el abundante vello resbalando entre sus dedos. Palpó una de las tetas, acolchada pero prieta, el pezón erecto, bajó por la barriga igualmente peluda, recorriendo todo su curva hasta llegar al ombligo. Introdujo el dedo meñique y notó que Theodor sonreía. Sin abrir los ojos se acercó más al corpachón de Theodor y apoyó la cabeza en su pecho mullido. Percibió el olor de su axila recalentada y húmeda, y ese aroma único despertó por fin a su polla durmiente, que empezó a buscar su espacio bajo los calzoncillos. Se atrevió Marc a pellizcar ligeramente uno de los pezones, y Theodor suspiró y terminó de desabrochar su camisa, liberando su espléndida barriga y su pecho de gorila albino. Marc abrió entonces los ojos y se quedó anonadado ante tamaño espectáculo de la naturaleza. Acercó su lengua a un pezón y lamió suavemente. Theodor suspiró de nuevo y acarició la espalda de Marc, su nuca, su pelo. Acercó la nariz a su cabeza y aspiró con los ojos cerrados. Y en ese momento supo que sus sospechas eran fundadas, que el cosquilleo que sintió en el estómago cuando lo vio por primera vez en la galería estaba más que justificado. Y sonrió para sí infinitamente satisfecho por haber seguido la corazonada que le impulsó a dirigirle la palabra.

Marc recordaría después muchas veces aquel primer polvo. El inexplicable miedo del principio. La inexplicable parálisis de su normalmente hiperactiva polla. Y también la inexplicable sensación de estar dando un paso definitivo y sin vuelta atrás. Cuando Theodor decidió buscar un lugar más cómodo para seguir con la exploración mutua condujo a Marc a la habitación presidida por su gran cama. Se quitó la camisa, le quitó la camiseta a Marc y se sentó al borde del lecho. Anonadado, Marc le miraba desde arriba, el clareo en la coronilla, la curva de la barriga bajo las tetas, los hombros cubiertos de pelusa, la espalda tapizada de suave pelo blanco. Se sorprendió de ver un clareo en el vello a la altura del omoplato derecho. Era un círculo, más bien un óvalo, en el que no crecía un solo pelo y donde la piel parecía cicatrizada. Marc no le dio mayor importancia en ese momento, ocupado como estaba con asuntos mucho

más interesantes.

Theodor le abrazó por las caderas y le atrajo hacia él. Besó el bulto oblongo que se dibujaba clarísimamente ya bajo los vaqueros. Alzó la vista y le clavó sus ojos azules mientras desabrochaba el cinturón y abría la cremallera. De un enérgico tirón hizo caer los pantalones, y ya poco podían hacer los calzoncillos para retener la gloriosa polla de Marc, que asomaba la cabeza ansiosa en busca de acción. Theodor contempló estupefacto la impresionante forma bajo la tela. No podía ser verdad. Además de su belleza mediterránea, del perfil clásico, los ojos dulces y el cuerpazo de anuncio de Calvin Klein, la naturaleza le había dotado también con una polla como aquella. Sin poder contenerse más, le arrancó los calzoncillos y se la metió en la boca. Y la chupó, la lamió, la volvió a chupar, con prepucio, sin prepucio, se la tragó hasta el límite de la arcada, hurgó en la uretra con la punta de la lengua, bajó a los huevos y se llenó la boca de ellos, volvió a subir lamiendo el miembro en toda su longitud, y vuelta a empezar. Marc disfrutaba de la boca experta de Theodor y sonreía al verle disfrutar así. El miedo paralizador del principio había desaparecido para siempre.

Luego le llegó el turno a Marc. Empujó a Theodor sobre la cama y se dejó caer sobre su cuerpo desparramado. Rozó apenas su labios una vez, y otra vez más, y entonces le besó con toda su lengua y sus ganas, y Theodor respondió con las mismas ganas, y rodaron por la cama intercambiando caricias a veces suaves, a veces apasionadas. De dos zarpazos, Marc le sacó pantalones y calzoncillos, y se maravilló ante la espesa mata de algodón de la que surgía, discreta en tamaño pero sobresaliente en turgencia, la polla excitada y circuncisa de Theodor. La chupó con entusiasmo, animado por los suspiros y profundos gemidos del oso. Luego los huevos, grandes y maleables, y chupó y lamió hasta que Theodor, sin una palabra, le indicó que él también quería jugar, y se entregaron ambos a un sesenta y nueve apasionado y asfixiante que les dejó al borde del orgasmo.

No hubo tiempo para más. La excitación le resultaba a Marc insoportable y sintió que si Theodor seguía estimulándole no podría contener su eyaculación. Quedaba por determinar un aspecto importante en cualquier encuentro, sobre todo en uno tan prometedor como este. ¿Sería Theodor pasivo? ¿Se dejaría follar o intentaría penetrar a Marc? El joven decidió probar suerte. Buscó a tientas el agujero carnoso rodeado de vello y aventuró un dedo exploratorio. Theodor gimió y el agujero se dilató. Buena señal, pensó Marc, y deslizó el dedo hasta el fondo. Los gemidos aumentaron en intensidad y el segundo dedo entró sin problemas. Los gruñidos y el arqueo de caderas con que Theodor recibía cada embestida de sus dedos no dejaban lugar a dudas: eran compatibles como el ying y el yang.

Pero cuando se disponía a celebrarlo poniendo a Theodor a cuatro patas, dispuesto a agujerearle el culo con ganas, el osazo se incorporó con toda su

carnosidad y de un empujón tumbó a Marc boca arriba. Desconcertado, Marc miró a los ojos azules y descubrió en ellos una expresión desconocida. Lascivia, sí, pero también violencia, una excitación enloquecida que casi le dio miedo. Theodor se levantó de la cama, abrió un cajón y volvió con algo en la mano. Se sentó a horcajadas sobre la cara de Marc, que sin previo aviso se vio envuelto en carne y pelo blanco. Cuando se recuperó del shock, lamió y chupó, del culo a los huevos al ritmo de las caderas de Theodor, que sin que Marc apenas lo notara, desplegó un condón sobre su polla al límite. Con un rápido movimiento, todo lo rápido que un volumen corporal como el de Theodor permitía, se sentó sobre su abdomen, y mirándole a los ojos, engulló con su culo la polla de Marc.

Clavado y extasiado, con la boca abierta hacia el techo, empezó a moverse con una agilidad que nadie habría esperado de un osazo como Theodor, y los movimientos se fueron acelerando, y Marc observaba extasiado el vaivén de sus carnes, el sudor que resbalaba de su frente y de su pecho y que iba a lubricar aún más las pelvis de ambos, y Marc agarraba las tetas desesperado, puñados de vello, la barriga poderosa que golpeaba su vientre plano. Y cuando ya no pudo más se asió con fuerza a la polla de Theodor, que seguía cabalgando sobre él, cada vez más rápido, más fuerte, más profundo, hasta que Marc soltó un grito desgarrado y descargó largamente dentro de Theodor, que sintiendo el calor en su interior soltó a su vez un gemido profundo y largo cuando su gruesa polla disparaba un chorro viscoso y blanco como su pecho sobre el pecho casi lampiño de Marc.

¿Cómo podría Marc olvidar aquel primer polvo? ¿Cómo olvidar aquél día de verano en el West Side neoyorkino? El sol sobre los árboles de Central Park al final de la calle. La silueta del skyline al fondo. El dulce sabor de aquel vino blanco que paladeó sentado en la escalera de incendios, con una toalla en la cintura y todo el cuerpo entumecido tras el intenso ejercicio. Si tuviera una guitarra, pensó, ahora mismo me pondría a cantar *Moon River*. Y de repente, como por arte de magia, a sus oídos llegó la dulce voz de Audrey Hepburn y las inconfundibles notas de Mancini, y cuando Theodor se asomó a la ventana con una amplia sonrisa y le dijo «te he visto ahí y no he podido evitarlo», Marc le estrechó entre sus brazos y le besó como nunca antes había besado a ningún hombre.

Amor #1

Cuando llegó a Nueva York, Marc creía que no sabía pintar retratos. Y sin embargo, como más tarde reconocerían críticos y clientes de todo el mundo, tenía una habilidad innata para reflejar sobre el lienzo el alma de las personas. Una habilidad que de no haber sido por Theodor quizá nunca habría descubierto.

—De verdad, Theodor, soy incapaz.

—Cualquier pintor profesional es capaz de pintar un retrato. Si no, mejor dedícate a la papiroflexia.

—Claro que sé pintar una cara, pero nunca he conseguido representar a la persona que hay detrás.

—Prueba conmigo. No suelo prestarme como modelo, pero contigo haría una excepción.

Theodor estaba decidido a sacar a Marc de la comodidad de sus temas habituales. Paisajes suburbanos, objetos desechados, grupos humanos desdibujados y anónimos. Con su característico trazo ágil y osado, entre Bacon y Freud con un punto Haring, técnicamente impecable y con una plasticidad llamativa... Pero sin alma.

El primer intento fue un desastre. A lo largo de una semana Theodor permaneció horas y horas sentado en una butaca Luis xv junto a la ventana del estudio, vestido de traje y corbata y con una rosa blanca en la solapa. Marc puso todo su empeño, trabajó sin descanso aprovechando cada minuto de luz, luchando contra sus miedos e inseguridades, reconfortado por la mirada intensa y azul del hombre a quien amaba. Pero no sirvió de nada. Cuando sintió que ninguna nueva pincelada podría convertir en buena aquella obra mediocre, rompió a llorar y se derrumbó. Theodor se levantó con calma, observó el retrato unos segundos y lo arrojó a la chimenea.

—Ese no soy yo —dijo—, pero no tengo la menor duda de que lo conseguirás.

Abrazó a Marc con ternura, le estrechó con fuerza contra su corpachón trajeado y besó las lágrimas que surcaban sus mejillas. No hicieron el amor. Permanecieron en silencio, desnudos, estrechamente abrazados en el sofá, mientras la última claridad del día dejaba paso a la oscuridad en el estudio, apenas iluminado por el fuego de la chimenea. Más que sexo, lo que Marc necesitaba en ese momento era el abrazo de Theodor, el reconfortante aroma de su cuerpo, su calor. Necesitaba sentirse arropado y amado, y Theodor le dio exactamente lo que pedía sin necesidad de una sola palabra. Aquel día Marc amó a Theodor más que nunca, y cuando se levantó del sofá en busca de un poco de agua tuvo una revelación, así la llamaría luego, que le dejó petrificado durante varios minutos y que cambiaría para siempre el rumbo de su carrera.

Pasmado con el vaso en la mano, Marc observó el cuerpo desnudo y dormido de Theodor como si fuese la primera vez. Las llamas de la chimenea danzaban sobre sus

redondeces proyectando sombras curvas y líneas difusas de una belleza sobrecogedora. Casi sin ser consciente de lo que hacía, acercó el caballete y colocó un lienzo, y mezcló colores y cogió un pincel. Y pintó. Durante horas, mientras Theodor, desmadejado en el sofá, dormía al calor oscuro de la chimenea, Marc pintó y pintó, arrebatado por un impulso que nunca antes había experimentado y que le arrastraba en una especie de trance creador que era incapaz de controlar. Hasta que sintió que había llegado el momento, y entonces se inclinó sobre al sofá, besó suavemente los labios de Theodor y le susurró al oído:

—Abre los ojos. No te muevas.

Theodor despertó a la realidad en penumbra y se encontró ante él a un Marc desnudo y enfebrecido, con el cuerpo salpicado de pintura y un fulgor en los ojos que no le había visto antes. En el acto entendió lo que estaba pasando y clavó toda la profundidad azul de sus ojos en los de Marc, que seguía dando trazos arrebatados y enérgicos como si pintase desde fuera del mundo. Theodor se estremeció ante la bellísima visión del cuerpo desnudo de Marc bañado por el resplandor anaranjado del fuego. Los músculos salpicados de pintura y brillantes de sudor, los reflejos dorados en su cabello desbaratado, la polla a media asta reflejando la excitación de todo su cuerpo. Se empalmó sin poder evitarlo, pero Marc ni siquiera se dio cuenta, absorto como estaba persiguiendo la verdad de la mirada de Theodor, y no se detuvo hasta que consiguió atraparla, hasta que por fin alcanzó con su pincel lo más profundo de su alma. Y cuando, pasmado de repente ante el lienzo terminado, dio un paso atrás y dejó caer el pincel, Theodor supo con solo verle la cara que lo había conseguido. Se incorporó sonriente, se acercó al lienzo y se contempló a sí mismo. Cogió la mano de Marc, la apretó fuerte dentro de su zarpa y habló al fin.

—¿Qué has visto en mis ojos?

—Amor.

—Eso es exactamente lo que transmite este cuadro. Lo has conseguido.

—Theodor... Te quiero.

Y se fundieron en un abrazo estrecho y profundo, que pronto se convirtió en pasión desenfrenada, y follaron con desesperación sobre la alfombra, a la luz del fuego, compartiendo restos de pintura y sudor, como si el mundo estuviera llegando a su fin, como si acabara de empezar esa noche, y al llegar el alba los encontró abrazados y felices, dormidos a los pies de un cuadro que llevaría por título *Amor #1*.

Intimidación expuesta

Ginny, su agente y galerista, no daba crédito cuando Marc le comunicó su decisión. Cuarenta y tres cuadros en total, casi todos pintados durante su año de travesía del dolor. Era su tributo a Theodor, un homenaje íntimo al hombre de su vida, una serie de retratos reales e imaginados, desde aquel lejano *Amor #1* hasta los más recientes ejercicios de doloroso exorcismo de su miseria. Cuadros que nunca habían abandonado el estudio, que no fueron concebidos para verse en público, y que ahora iban a ver la luz.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Sí. Es la única forma. Si no lo hago me volveré loco.

Ginny era la galerista excéntrica pero elegante que no se molestó en mirar el cartapacio de Marc aquel día en que su vida cambió para siempre. Gran amiga de Theodor, socia y confidente en muchas aventuras profesionales y no profesionales, había sido testigo escéptica de la explosión amorosa y artística entre ambos. Escéptica al principio, porque muy pronto no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia de la pureza de los sentimientos del joven artista, y porque por nada del mundo se habría atrevido a torpedear la absoluta y evidente felicidad de Theodor. Se convirtió en la más estrecha aliada de la pareja, y contribuyó todo cuanto pudo, que no fue poco, en la consolidación de Marc como el gran artista en que finalmente se convirtió.

—Va a ser el éxito de la temporada. Vamos a vender hasta las cartelas.

—Hay un cuadro que no está en venta.

—¿*Amor #1*?

—Sí. Pero me gustaría que los demás se vendiesen a coleccionistas de todo el mundo. Quiero que Theodor esté presente en los cinco continentes.

—Entiendo. Ya has superado la etapa egoísta de la pérdida, el querer acaparar todo lo relacionado con él, ¿no es eso?

—Creo que sí. Ahora necesito compartirlo para poder seguir con mi vida. Nunca le olvidaré. Pase lo que pase a partir de ahora, sé que cuando sea viejo y mire hacia atrás seguiré pensando que Theodor fue el hombre de mi vida —Marc volvió a sentir ese nudo en la garganta—, pero necesito empezar una nueva etapa, no puedo seguir para siempre metido en este pozo. ¿Te parezco un desalmado?

—En absoluto, Marc —a Ginny le brillaban los ojos—. Nadie podrá reprocharte nunca nada. Los años que Theodor compartió contigo fueron los más felices de su vida, eso lo podía ver cualquiera y él mismo me lo dijo más de una vez. Y estoy segura de que él querría que dieras este paso. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Hay otra cosa. Ya sé que no es muy habitual un cambio así, pero ahora firmo mis obras con mi nombre de casado.

—¿Cómo que tu nombre de...?

—Marc Kaplan.

—Pero Marc Brossa ya es una marca reconocida, no puedes...

—Lo siento Ginny, pero Marc Brossa ya no existe.

—Marc Kaplan... —Ginny paladeó el nombre unos segundos—. Suena bien. De acuerdo, lanzaremos una nota de prensa y será un aliciente más para la exposición. Habrá un poco de confusión en el mercado durante algún tiempo, pero todos los que conocieron a Theodor agradecerán tu gesto.

—No lo hago por ellos, lo hago por mí.

Y tras fijar la fecha de la inauguración coincidiendo con la llegada de la primavera, se abrazaron largamente. Un abrazo de amistad y cariño, de dolor y pérdida, de final y principio.

Un gordito tímido

Cuando los retratos de Marc se pusieron de moda entre la sociedad adinerada de Nueva York los encargos empezaron a llover a un ritmo endiablado. Todo el mundo quería un retrato de ese joven talento que estaba llamado a convertirse en el nuevo Lucian Freud. El hecho de que, incluso para un retrato de hombros arriba, el artista exigiese al retratado posar en completa desnudez no hacía más que añadir un plus de excentricidad creativa que volvía locos a los ricos neoyorkinos. La lista de espera era de meses, y cada nuevo nombre ilustre que se añadía a esa lista suponía un aumento de un diez por ciento en la cotización de cualquier obra de Marc Brossa. Aún así, supo mantener la cabeza fría. Sobre todo gracias a la sabiduría y la experiencia de Theodor, que no era la primera vez que asistía a un fenómeno de este tipo.

En cada nuevo trabajo, Marc estudiaba detenidamente al modelo desnudo y decidía, sin posibilidad de discusión, el formato y tamaño de la obra. Desde el primerísimo primer plano hasta el cuerpo entero, cualquiera que fuese la opción elegida por Marc debía ser aceptada por el cliente y modelo. Viejas damas de pechos flácidos y rostro severo; treintañeros neoyuppies de clavículas angulosas y ojos despiadados; hijos de papá de abdominales perfectos y mirada hueca; nadie puso ninguna objeción, todos pagaron religiosamente y colgaron su retrato en la mejor pared de su casa.

—Soy Leo Cunningham, creo que ya me toca.

Leonard T. Cunningham era el heredero de un emporio agrícola con plantaciones y factorías en medio mundo. Con cuarenta y seis años era el número doscientos treinta y ocho de la lista Forbes. Marc no supo qué contestar al señor gordito y sonriente que apareció en la puerta de su estudio vestido con una guayabera estampada y tocado con un sombrero de paja. Le invitó a entrar y le ofreció algo de beber.

—Supongo que conoce usted mi método de trabajo.

—¿Hay alguien en Nueva York que no lo conozca? —preguntó divertido desde detrás de sus mofletes rubicundos.

—Bien, pues si le parece vamos a empezar. Desnúdese, por favor.

Cunningham se quitó el sombrero y se pasó los dedos por su espesa mata de pelo rojizo.

—¿Irlandés?

—Escocés —dijo desabotonándose la guayabera—, mi tatarabuelo vino desde Aberdeen con lo puesto y cinco monedas de plata en el zapato. Cuando murió a los ochenta y seis años era dueño de medio estado.

Marc no pudo evitar mirar de reojo mientras se quitaba la guayabera y liberaba

sus carnes. Hombros estrechos, gran barriga lampiña y carnosa, tetas grandes con grandes pezones rosados, cuatro pelos anaranjados en el pecho, papada bamboleante y dos grandes pliegues de carne bajo los omoplatos. Marc intentó mirar al rotundo chubby como un modelo más, pero notó cómo dentro de sus calzoncillos algo empezaba a removerse.

Cunningham dejó caer los pantalones y se sentó para quitarse los calcetines. Llevaba unos amplios calzoncillos blancos que cubrían sus anchos muslos casi hasta la rodilla, y Marc se percató de que se resistía a deshacerse de esa última prenda.

—¿Algún problema?

—Es que... Verás, he pensado que como no tengo un físico muy fotogénico, y seguramente me vas a pintar solo la cara... Pues que no tiene mucho sentido que me desnude del todo, ¿no crees?

—Primero, aún no sé si voy a pintar solo sus ojos o su cuerpo completo, y para saberlo necesito que se desnude. Segundo, si es vergüenza lo que le impide quitarse los calzoncillos, le aseguro que nada de lo que pueda tener ahí debajo me va a sorprender —y le dedicó una amplia sonrisa para relajar la tensión—. Leo... ¿puedo llamarte Leo?

—Sí, por favor.

—Leo, no es cierto que tu físico no sea, como tú dices, fotogénico. Tienes un bonito cuerpo cóncavo, de curvas limpias y rotundas, plásticamente muy atractivo, y estoy deseando empezar a trabajar. Así que por favor, quítate eso y tumbate en el diván.

Dudando, con los mofletes más colorados que cuando llegó, Cunningham se quitó los calzoncillos nerviosamente y, cubriéndose el sexo con las manos, se sentó al borde del diván. Marc le lanzó una mirada entre divertida y severa, y Cunningham apartó por fin las manos dejando a la vista una mata de pelo anaranjado y salvaje y, enterrada en medio, casi oculta, la cabeza de un pene circunciso y retraído.

—Bien —dijo Marc con seguridad para contrarrestar las inseguridades de Cunningham—, ahora recuéstate y cruza las manos bajo la nuca... Muy bien... No, mejor solo la derecha... Perfecto. Ahora quiero que dobles la rodilla y apoyes el pie sobre la otra rodilla... Así, muy bien. ¿Estás cómodo?

—Sí, pero no pensarás pintarme así.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes... Porque yo no soy... No tengo una...

—¿Polla grande? ¿Y qué?

—Es que no lo entiendes, este cuadro tiene que presidir el salón de mi nueva casa en Southampton, y yo tengo un enorme complejo con mi... pene. No, es imposible, mejor lo dejamos.

—Leo, te propongo una cosa. Si cuando el cuadro esté terminado no te gusta, lo

quemamos y no pagas un dólar. Y si te gusta te lo regalo. ¿Trato hecho?

Cunningham reflexionó un momento, se llevó la mano al escroto y acomodó la bolsa rosácea salpicada de pelos naranjas.

—Normalmente no es tan pequeña —dijo acariciando el acobardado pene.

—No te preocupes por eso, en su momento lo solucionaremos.

En los ojos de Cunningham se encendió una luz al escuchar esas palabras.

—Muy bien. Confío en ti.

Marc sonrió y buscó el lienzo más grande. Tras colocarlo en el caballete y alcanzar paleta y pinceles, descubrió sorprendido que el pene vergonzoso se había ido abriendo camino entre carnes y pelos hasta convertirse en una graciosa y rolliza polla escocesa.

Lección de vida

—¿Leo Cunningham? Claro que lo conozco. Le he vendido tres o cuatro piezas. Tiene una buena colección.

—¿Es gay?

—Estuvo casado y tiene una hija, pero eso no significa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá me equivoque, pero tengo la impresión de que quiere algo de mí. Además de su retrato, quiero decir.

—¿Y a ti te gusta?

Marc sonrió con picardía. Cenaban en Hearth, su restaurante favorito del East Village, un local íntimo y acogedor con una cocina creativa pero nada grandilocuente donde siempre les recibían con una sonrisa.

—A mí me gustas tú.

Theodor le devolvió la sonrisa y le acarició la pierna bajo la mesa.

—Eso ya lo sé. ¿Pero te excita verlo desnudo? ¿Te lo follarías?

Marc dejó de sonreír, incómodo ante la insistencia de Theodor.

—Bueno, le falta pelo por todas partes, pero reconozco que es un chubby muy gracioso. Tiene un polvo, sí. En otro momento de mi vida probablemente no lo habría dejado escapar.

—¿Y en este momento de tu vida lo vas a dejar escapar?

—¿A qué viene esto, Theodor? Estoy contigo y soy muy feliz, jamás pondría eso en peligro, ni por el mejor polvo del mundo.

Theodor alargó la mano sobre la mesa y cogió la de Marc. Nadie en el restaurante les prestaba la más mínima atención.

—Marc, llevo vividos dieciocho años más que tú. La vida me ha enseñado un par de cosas que también te enseñará a ti, y espero por tu bien que las entiendas y las aceptes mejor de lo que yo lo hice.

—No te comprendo.

—El amor y el sexo son dimensiones independientes en cualquier ser humano, y en los hombres más. A veces esas dos dimensiones coinciden, y es maravilloso. Pero también puede existir el amor sin sexo, y el sexo sin amor. Yo conozco casos de amor sin sexo entre hombres, no hay muchos pero existen. Y luego está el sexo sin amor, el instinto, la necesidad, el desahogo. Reprimir esa necesidad produce efectos nefastos, y te aseguro que sé de lo que hablo.

—¿Me estás diciendo que me acueste con Cunningham?

—Te estoy diciendo que no te reprimas, porque si lo haces terminarás por culparme a mí de tu insatisfacción.

Marc bebió un poco de vino en silencio, buscando las palabras.

—¿Y tú te has...? ¿Tu instinto te...?

—¿Yo? —Theodor soltó una sonora carcajada y acercó su cara barbuda a la de Marc—. A mi edad, y con un semental como tú en casa, tengo todos mis instintos más que satisfechos. No follaba tanto ni tan bien desde hace décadas, y no hay otra polla en el mundo que me pueda hacer disfrutar más que la tuya.

Marc notó que su miembro se daba por aludido y sonrió con lascivia. Alargó el pie descalzo bajo la mesa y acarició la entrepierna de Theodor, que inmediatamente entendió el mensaje: en cuanto lleguemos a casa este semental y su polla te van a follar hasta que revientes.

—Muy bien. Yo no voy a provocar nada, pero si Cunningham intenta algo y a mí me apetece, no me opondré. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Y si pasa algo, ¿quieres que te lo cuente o prefieres no saberlo?

—¿Que me lo cuentes? ¡Pienso verlo con mis propios ojos!

¿Infidelidad?

—Se empeñó mi ex mujer. Yo no quería niños, pero la verdad es que cuando la adoptamos fue una bendición.

—¿Adoptada? ¿No podíais tener hijos?

Con todas sus carnes desnudas desparramadas sobre el diván y mucho más relajado que el primer día, Leonard Cunningham charlaba animadamente sin prestar la más mínima atención a su pene. De hecho, el miembro hacia el que se le iban los ojos era el de Marc, que dibujaba una diagonal morcilloide bajo el algodón sucio de sus pantalones de trabajo.

—No... Pero si te soy sincero, tampoco pusimos mucho empeño. Nos divorciamos un par de años después.

—¿Y no te has vuelto a casar? —semiescondido tras el lienzo, Marc sonreía divertido mientras daba pinceladas oscuras al fondo sobre el que destacarían las formas redondas y rosadas del escocés.

—¿Otra mujer? No, gracias... Me casé muy joven, esas cosas de las familias, ya sabes. Si fuese ahora...

—Perdona, voy a... —se acercó al modelo y con un leve toque, casi una caricia, empujó la rodilla doblada, exponiendo más la mata de pelo rojo y su capullo retraído—. Si estás cansado lo dejamos por hoy.

—No, no, no, en absoluto. No estoy nada cansado. Y si tienes que corregirme la postura o cualquier cosa, adelante, estoy a tu absoluta disposición.

Con semblante profesional, Marc le agarró los huevos con suavidad, masajeó la bolsa en su mano durante unos segundos y la depositó cuidadosamente sobre el muslo. Podía sentir la mirada de Cunningham sobre su paquete, y la pollita vergonzosa no tardó en alargar el cuello buscando acción. Marc notó que su propio miembro crecía y penduleaba ostensiblemente bajo la tela del pantalón. Pasó los dedos por la axila expuesta con la excusa de reordenar el escaso vello naranja, y de vuelta al atril aspiró discretamente el aroma impregnado en su mano. Cunningham le miraba en silencio por primera vez. El deseo en su ojos era tan evidente como la excitación en su polla rechoncha, y Marc se sintió ligeramente culpable.

—Si me permites, tengo que hacer una llamada. Vuelvo enseguida.

Salió del estudio y llamó a Theodor.

—Creo que va a pasar.

—Voy para allá... ¿Marc?

—¿Sí?

—Que recuerde ese polvo toda su vida.

Al entrar de nuevo en el estudio vio que Cunningham seguía en su posición, pero se acariciaba la polla lentamente con dos dedos regordetes.

—¿Quieres que te pinte así?

—¿Te gusta?

—No está mal, pero déjame que te coloque el cojín...

En cuanto Marc estuvo a su alcance, Cunningham alargó su mano rechoncha y palpó con todo descaro la polla de Marc bajo la tela. No solo la palpó, la agarró con toda la mano y pudo sentir la dureza creciente del miembro. Marc le miró desde arriba y fingió escandalizarse. Cunningham respondió con una mueca traviesa y de un tirón le bajó los pantalones y liberó la polla medio erecta. Los ojos se le pusieron en blanco y se abalanzó sobre ella como un náufrago, chupando primero el capullo, lamiéndola luego en toda su longitud, engulléndola después hasta la mitad, lo que su esófago le permitía. Con la boca llena de polla, miró excitado hacia arriba, a los ojos de Marc, que acariciaba ya las dos tetas carnosas y bajaba barriga abajo hasta la pollita pizpireta y su base acolchada.

Cunningham no se percató, pero el sonido de una puerta lejana y un leve crujir de suelos fueron la señal que Marc esperaba, y de reojo vio entreabrirse la doble hoja de la puerta que daba al salón, y sonriendo hacia la rendija oscura, agarró con las dos manos la cabezota pelirroja y hundió la polla, ya en plena forma, hasta tocar fondo. Y al sacarla, Cunningham le miraba con ojos suplicantes y la cara como un tomate, y al volver a meterla el chubby lo agradeció con un gemido agudo, agarrando con fuerza las nalgas de Marc para atraerlo más aún hacia su boca hambrienta.

Marc subió los pies en el diván y se agachó sobre la cara de Cunningham, que alzaba la cabeza desesperado intentando alcanzar los huevos con su lengua. Marc le puso el culo en la boca y Cunningham lo lamió con ansia, entre suspiros ruidosos y chapoteo de saliva. Luego Marc le permitió engullir la polla de nuevo y se deslizó sobre la mullida y suave barriga hasta alcanzar la entrepierna acolchada. Lamió la pollita, la chupó, hundió la cara en el pelo rojo y en la carne debajo, agarrando los muslos anchos y blandos, estrujando las carnes con fuerza.

Cunningham no parecía cansarse de la polla de Marc, y se le metía en la boca una y otra vez, la volvía a sacar, la acariciaba de arriba abajo, mirándola extasiado, y otra vez adentro. Marc jugueteaba con los dedos entre los pliegues del culo húmedo y caliente. Alcanzó el agujero y le pasó el dedo de arriba abajo, sin presionar. Un gemido a su espalda le hizo sonreír. Metió la primera falange, luego la segunda, luego el dedo entero, y después un segundo dedo, y Cunningham gimió más fuerte. Un tercer dedo se deslizó en el culazo dilatado, y con un empellón de su pelvis, Marc metió la polla hasta el fondo de la boca mientras alcanzaba con los dedos el fondo del culo.

Cunningham se retorció en el diván, excitadísimo, clavando los dedos gordezuelos en las nalgas de Marc, arañándole la espalda, emitiendo agudos sonidos guturales cada vez más acelerados. Marc se incorporó de un salto, observó a

Cunningham, sus carnes enrojecidas por la excitación, su boca anhelante, sus pezones contraídos, y cogiendo algo de debajo de un cojín se situó a sus pies. Alzó el muslazo rollizo hasta su hombro y se meneó la polla mirando a los ojos del chubby. Cunningham le miraba con cara de incredulidad, respirando ruidosamente con la boca abierta y la papada temblorosa. Se pellizcó los pezones cuando Marc extendía el preservativo a lo largo de su polla. «Fóllame», dijo, como si fueran necesarias instrucciones. «Quiero sentir esa polla dentro de mí». Y sin una palabra, Marc hizo realidad sus deseos, le metió la polla hasta que los huevos chocaron con el colchón de sus nalgas. La sacó del todo y la volvió a meter, y la boca de Cunningham se abría con cada embestida, y los «fóllame», los «más fuerte», eran cada vez más ruidosos, mientras con dos dedos ensalivados Marc le acariciaba la polla enrojecida. Hasta que el chubby explotó. Con un grito agudo y espasmos recorriendo toda su carne, el semen salió disparado en todas direcciones, en chorros finos y potentes que alcanzaron alfombras y paredes, y la cara de éxtasis de Cunningham, la evidencia innegable de que nunca olvidaría ese polvo, disparó el orgasmo de Marc, que se corrió dentro del culazo agradecido, estremeciendo las carnes ondulantes con cada estertor de su pelvis.

Media hora después, se corría de nuevo en las entrañas de un excitadísimo Theodor, que bramaba «fóllame más fuerte» mientras su polla gorda reventaba con espesos chorros de leche sobre el colchón de pelo blanco de su barriga.

—¿Quién decía que la infidelidad acaba con las relaciones? —jadeó Theodor intentando recuperar el aliento.

—Joder, esto de los retratos me va a matar —resolló Marc, felizmente abrazado a su osazo satisfecho.

Confía en tu *Daddy*

A veces el mejor antídoto es una sobredosis.

Marc desplegó contra las paredes del estudio todas sus pinturas de o inspiradas en Theodor. Las piezas que conformarían la exposición más difícil de su carrera. Desnudos la mayoría, algunos muy explícitos y realistas. Otros irreconocibles, volúmenes vagamente orgánicos que solo desde la perspectiva del creador adquirirían el significado real con el que fueron concebidos. Theodor, su maestro. Theodor, su amante. Theodor, su amor. Y en lo más profundo de todas esas pinturas, Theodor el padre. Porque, quizá inconscientemente, la mirada de Marc hacia el hombre que le había dado un lugar en el mundo, que de alguna forma había concebido y dado a luz al Marc actual, era la mirada de admiración, respeto y amor que un hijo tendría hacia su progenitor. En la pareja formada por Theodor y Marc, la relación daddy-son iba mucho más allá de una simple cuestión de edades y físicos antagónicos. Theodor fue su daddy, cariñoso, comprensivo, amoroso y cálido. Pero también fue el hombre maduro y experimentado del que aprendió todo, incluso lo que creía que ya sabía.

Antes de que Theodor se cruzase en su camino, Marc creía tener un buen dominio de los mecanismos del sexo entre hombres. Con la ventaja natural que le proporcionaba un físico objetivamente bello y el añadido de un arma de destrucción masiva bajo los pantalones, nunca había tenido problemas para disfrutar y hacer disfrutar en cada uno de sus encuentros sexuales. Ni uno solo de los osos y gorditos que se pasó por la entrepierna se quejó nunca, sino todo lo contrario. Pero, como pronto descubriría, Marc tenía limitaciones, prejuicios, miedos y pudores que le impedían desplegar todo su potencial amatorio. Era un diamante en bruto, y Theodor se encargó de pulirlo hasta hacerlo brillar como un escarapate de Tiffany's.

—Méate en mi boca.

—¿Cómo dices?

—Que te mees en mi boca.

Descansaban los dos en la enorme bañera circular, copa de vino en mano, relajados tras un inesperado polvo provocado involuntariamente por Theodor al arrodillarse en busca de unos viejos libros que debían de estar en el fondo del armario. La visión del culazo en pompa, los pantalones a media altura y toda la raja expuesta, las poderosas nalgas cubiertas de terciopelo blanco que se perdía espalda arriba bajo la camisa... Fue demasiado para Marc. Allí mismo había desnudado al osazo, le había comido la raja peluda, le había follado la boca y luego el culo, en un arrebato que había dejado a Theodor desmadejado en el suelo, medio empalmado y, una vez más, gratamente sorprendido ante el insaciable apetito del joven.

—Yo te meo si quieres, pero...

—¿Pero qué?

—Que no me parece muy higiénico, ¿no?

—¿Chupar una polla o un culo es más higiénico?

—Hombre, no es lo mismo. Un mamada produce placer...

—Que te meen en la boca también. Y para tu información, la orina es estéril. Es como beber agua de lluvia.

Un poco incómodo, pero incapaz de decir no a su daddy, Marc se puso en pie y sin necesidad de esforzarse demasiado empezó a descargar el líquido amarillo sobre Theodor. La boca experta del oso recibía el abundante chorro tragando parte y derramando el resto sobre su pelaje empapado. Cerrando los ojos se dejaba bañar la cara, la cabezota blanca. Acercaba la boca hasta la misma uretra y jugueteaba con la lengua en el chorro pálido. Y cuando el grifo se cerró, se relamió y miró a Marc a los ojos, le agarró de los brazos y le obligó a sentarse sobre su barriga. Marc notó en su espalda la polla erecta de Theodor, evidentemente excitado por la lluvia amarilla. Agarró a Marc de la nuca y le besó salvajemente, sin posibilidad de fuga, y Marc saboreó la orina por primera vez. Dentro de la boca de Theodor, pero también en toda su cara, en su papada barbuda, en su cuello, en su pelo. Y le gustó el sabor. Y le gustó el olor. Y Theodor sonrió como diciendo: «¿Ves? Confía en tu Daddy». Y cuando el oso emergió del agua como un Neptuno mitológico, su impresionante corpachón chorreando agua y espuma, su poderosa barriga, imponente, avanzando hacia un Marc arrinconado en la bañera, su polla gorda apuntándole descarada; cuando Theodor le miró con sus traviesos ojos azules desde lo alto de su carnalidad, Marc comprendió que no tenía escapatoria, pero también supo que aunque la tuviera no habría intentado escapar.

Un chorrizo abundante y cálido se estrelló contra su cara, y tras superar la primera impresión, Marc abrió la boca y dejó que se llenase hasta rebosar, y paladeó el sabor de las entrañas su osazo, y tragó y tragó y siguió tragando de aquel chorro interminable, y se empapó la cara, y ascendió chorro arriba hasta llegar a su origen, a ese capullo ancho y brillante que escupía sin esfuerzo el chorro infinito, como un gigantesco querubín en lo alto de una fuente romana. Acogió el glande en su boca y sintió el chorro golpear contra su garganta, anegarla hasta provocarle la tos, y sin dejar de tragar, alzó la vista y se encontró allá arriba con los ojos viciosos y seguros de su maestro, que le miraba satisfecho por la lección bien enseñada y excitado por lo receptivo de su alumno. El chorro se acabó, pero no la lección. Theodor agarró la nuca de Marc y empujó con su polla reventona hasta alcanzar la campanilla. Marc recibió el embiste con sorpresa, pero una simple mirada hacia el cielo azul de los ojos de su osazo fue suficiente para saber lo que tenía en mente. Se agarró a los muslos gruesos como troncos y se dejó follar la boca, y con cada empellón de Theodor, sus pesados testículos le golpeaban la barbilla y una lluvia de pequeñas gotas salían disparadas de la pelambreira del osazo y bañaban la cara de Marc, y con un dedo

buscó el agujero peludo y mojado, y Theodor arqueó las piernas lo suficiente para que Marc metiese un dedo, dos, hasta los nudillos, empujando con fuerza al ritmo de los embistes de un Theodor excitado como nunca. Y por fin un bramido animal retumbó en el cuarto de baño y una explosión viscosa anegó la campanilla de Marc, que volvió a tragar, con deleite y fruición, hasta la última gota del semen de Theodor.

Derrumbados y abrazados en el agua tibia y burbujeante, Theodor acariciaba sonriente el pelo empapado de su aplicado alumno y Marc dibujaba círculos en el pecho húmedo de su experto maestro, con la recurrente sensación en el estómago de haberse tomado una jarra entera de té con leche.

El arte del *buen gourmet*

La lluvia dorada fue solo una de las muchas disciplinas en las que Marc se graduó *cum laude* de la mano de Theodor. También aprendió, por ejemplo, a degustar una axila como se degusta un buen vino, utilizando todos los sentidos y en un determinado orden: la vista, el tacto, el olfato y, finalmente, el gusto. O a comer un culo con propiedad, que no consiste simplemente en meter la lengua en el agujero, sino que implica una aproximación, un clima de expectación en el receptor, una estimulación de zonas y órganos aledaños y que, si se hace bien, puede provocar el orgasmo por sí solo.

Capítulo aparte mereció el complejo mundo de los pezones. La relación de cada persona con sus pezones es única e irrepetible, y para ser un experto en el arte de la estimulación pezonil son imprescindibles dos factores: una buena capacidad de observación y una habilidad prensil que abarque desde el ligero roce de la lengua hasta el mordisco hiriente y sostenido. Encontrar dentro de ese amplio abanico el punto exacto de estimulación que llevará al amante a un nivel superior de placer es una tarea complicada que pocas veces se consigue en un primer encuentro. Solo los más expertos o los dotados con un instinto innato para esa práctica, como Theodor, son capaces de lograrlo a la primera.

Además de su labor de maestro, Theodor debía ejercer de conejillo de indias, aunque no se puede decir que le resultase un esfuerzo insoportable sino más bien todo lo contrario. Sus amplias y frondosas axilas fueron saboreadas de todas las formas posibles, desde la torpeza impulsiva del principio hasta la degustación sibarita de un Marc que consiguió prever, según la estación del año y el grado de actividad de la agenda de Theodor, la hora aproximada en que el grado de sudoración de su sobaco estaría en su punto más apetecible. En una jornada normal, esa cumbre del morbo axilófilo solía darse a primera hora de la tarde. Pero si acudían a alguna fiesta o evento nocturno, la vuelta a casa también podía ser un momento ideal para saborear las jugosas axilas de Theodor.

Algo parecido ocurría con su culo. A Marc le volvía loco el culazo de Theodor, y le resultaba muy difícil contener su impulso devorador. Pero poco a poco aprendió a racionalizar los estímulos, a jugar con las distintas sensibilidades de las nalgas, el escroto, la próstata, el interior de los muslos y el ano en sí. También aprendió técnicas específicas y muy efectivas, como la llamada Back&Plug.

Es esta una práctica de transición del rimming a la penetración y consta de tres pasos: 1) Se coloca al sujeto a cuatro patas y se estimula bien, con lengua y dedos, el ano y las zonas adyacentes; 2) Cuando el ano está bien lamido y dilatado, se continúa con la lengua hacia arriba recorriendo toda la columna vertebral; 3) Al llegar con la lengua al cuello, la polla queda a la altura del culo a follar, entonces se muerde la

nuca ligeramente, lo que provoca un escalofrío muy placentero que se aprovecha para penetrar de un golpe al amante. Es una técnica con una dificultad considerable, porque hay que conseguir coordinar todos los movimientos para que sean fluidos y naturales si queremos lograr el efecto sorpresa. Pero cuando se consigue, el penetrado disfrutará de una de las sensaciones más gloriosas de su vida carnal. Y Theodor fue maestro, testigo y feliz agraciado del dominio de esa técnica por parte de Marc.

En cuanto a los pezones, fue un juego de recíproca exploración. Theodor localizó enseguida el punto exacto de Marc, una presión moderada entre diente y labio que provocaba espasmos en su cuerpo y hinchía las venas de su polla en contracciones casi salvajes. Pero los grandes y curtidos pezones de Theodor no eran tan obvios, y a Marc le costó unas cuantas sesiones alcanzar el punto exacto de dolor que Theodor exigía. Porque para Theodor no valía la simple presión, ni siquiera el pellizco o el retorcimiento. Tras muchos años y muchos polvos de autoexploración, Theodor exigía dolor real, incisivos afilados ejerciendo una presión creciente y sostenida a la que solo él podía poner fin con un zarpazo y un suspiro extático. Para Theodor, una buena sesión de juego de pezones implicaba un par de días de curas con tintura de yodo y camisas amplias para evitar el roce. Y cuando Marc le encontró el punto a los pezones de Theodor, la tintura de yodo se convirtió en producto de primera necesidad en el apartamento del Upper West Side.

Una sombra del pasado

Por algún motivo que Marc desconocía, Theodor era muy reacio a hablar de su pasado. Por supuesto, conocía los datos básicos de su vida. Todo el mundo sabía que Theodor Kaplan pertenecía a una adinerada familia judía neoyorkina, aunque su relación con el judaísmo, como con cualquier otra religión, era de recelo hacia un grupo que se arrogaba la verdad absoluta y se atrevía a despreciarle por sus tendencias sexuales. Theodor era un judío a lo Woody Allen igual que Marc era un católico a lo Pedro Almodóvar, era la religión que les había tocado por nacimiento, pero no por ello se sentían miembros de esas comunidades.

De su familia, Theodor heredó también su pasión por el arte y algunas de las piezas más valiosas de su colección. Tenía una hermana que vivía en Nueva Zelanda y un hermano en Buenos Aires, con los que mantenía una relación correcta pero distante desde el fallecimiento de sus progenitores. Y esto era prácticamente todo lo que Marc conocía del pasado de Theodor, porque las pocas veces en que le había preguntado al respecto, él había respondido con vaguedades y generalidades del tipo «los setenta fueron muy confusos, como un continuo globo de marihuana», o «¿salir del armario?, ¿para qué, si mi armario estaba lleno de hombres?».

Sin embargo, ciertas lagunas de ese pasado despertaban poderosamente la curiosidad de Marc. ¿Había tenido Theodor muchas parejas? ¿Alguna especialmente importante o traumática? ¿Qué era esa cicatriz circular en su omoplato? Esto último se lo preguntó en una ocasión, pero todo lo que Theodor se dignó contestar fue:

—Ya ni me acuerdo, tú ni siquiera habías nacido cuando pasó aquello.

Tampoco a través de Ginny consiguió Marc ampliar información, y eso que se conocían desde finales de los setenta, cuando Ginny tocaba el bajo en un grupo punk y Theodor hacía sus pinitos como fotógrafo de backstage durante aquella explosión de las expresiones artísticas menos complacientes con la sociedad biempensante.

—No recuerdo mucho de aquellos años, la verdad. Por aquella época yo tenía un pequeño problema con la ginebra, de ahí el apodo de Ginny, aunque comparada con el resto de la banda, mi adicción era cosa de niños.

—¿Y Theodor? ¿Qué hacía él en aquella época? ¿Tenía pareja, amantes?

—Perdóname, Marc, pero si él no ha querido contarte nada no creo que yo deba hacerlo. Lo único que te puedo decir es que éramos muy jóvenes, muy rebeldes... y muy inconscientes. ¿Te puedes creer que en aquella época considerábamos la pintura tradicional, es decir, los cuadros sobre lienzo, un arte burgués y decadente, y que pasamos noches enteras colocados fantaseando con prenderle fuego al Guggenheim?

—Ginny soltó una estruendosa carcajada—. Aaaah, fueron los mejores años de mi vida, pero todo se fue a la mierda con la llegada de las dos plagas más destructivas de la historia reciente de este país: el sida y Ronald Reagan.

—¿Y qué me dices de esa cicatriz que tiene en el omoplato? ¿Cómo se la hizo?

—¿Cicatriz?

—Sí, una especie de óvalo de unos cinco o seis centímetros de diámetro, como una quemadura.

—Ah, eso —Ginny pareció dudar un segundo—. No es una quemadura, al menos no una quemadura convencional. Pero tendrás que preguntárselo a él, Marc. Yo no soy quién para hablar del pasado de nadie, y menos del de Theodor.

Como suele ocurrir, la falta de información dispara las especulaciones, y por primera vez desde que le conocía, Marc empezó a dudar de Theodor. No podía entender que Theodor, su Theodor, el hombre por el que estaba dispuesto a saltar desde lo alto el Empire State Building si se lo pedía, le ocultase parte de su vida. ¿Tan terrible había sido lo que fuera que ocurriese? ¿Tan culpable se sentía Theodor? ¿O quizá tan herido?

Una tarde de invierno poco tiempo después, escudriñando en el vestidor en busca de una manta de sofá extraviada, Marc descubrió una caja de cartón al fondo de uno de los altillos, una caja grande y deforme, casi rasgada en sus esquinas por el paso del tiempo. No pudo evitarlo. Tiró de ella con fuerza hasta el borde del altillo y de un impulso, porque la caja era muy pesada, la alzó sobre su cabeza con intención de depositarla después en el suelo. No le dio tiempo, el fondo se rasgó y una lluvia de fotografías se derramó sobre su cabeza y voló hasta todos los rincones de la habitación. Marc se quedó petrificado, con la caja vacía aún en alto, observando incrédulo la alfombra de fotografías a sus pies. Se sentó en el suelo casi sin pensar, extrañamente atraído, casi hipnotizado, por aquellas imágenes en blanco y negro. Eran fotografías de otros tiempos, de otra Nueva York, de chupas de cuero y tachuelas, de guitarras eléctricas y pelos largos, de garitos llenos de humo, de grafitis en el metro y en todas partes. Caras y más caras de gente a la que Marc no había visto en su vida, pero que formaban parte de la de Theodor y que por eso mismo le resultaban fascinantes.

—¿Puedo preguntarte qué estás haciendo?

Marc no le oyó entrar, inmerso como estaba en aquel mar de imágenes, y de pronto el semblante serio de Theodor, mirándole desde lo alto de su imponente corpachón, le provocó un escalofrío de culpa que le recorrió la espalda.

—Yo... Es que he encontrado... No debería haberlo hecho, ya lo sé. Ha sido la curiosidad, como tú nunca me cuentas nada de tu juventud... Lo siento.

Theodor se acercó hasta él, se sentó en el suelo a su lado y le arrebató a Marc la fotografía que tenía en la mano. Al momento el rictus serio se transformó en una sonrisa.

—Creo recordar que se llamaba Mike. Quería ser escritor, pero se ganaba la vida prostituyéndose en Central Park. No le he vuelto a ver. Mira, esta es Ginny con su

banda, Hairy Ass.

—¿Esta de la cresta es Ginny?!

—Nadie lo diría, ¿verdad? En aquella época todos éramos un poco excéntricos.

—¿Y este osazo con bigote de morsa quién es?

—Mi padre.

—¿Tu padre! Ahora entiendo muchas cosas. ¿No hay ninguna foto tuya?

—Alguna tiene que haber. ¿A ver esa? Justo, este soy yo.

—¿Este? Pero si pareces Axl Rose después de comerse a Mama Cass.

—Bueno, nunca he estado delgado, pero en aquella época tenía más pelo en la cabeza y menos en el cuerpo.

—Me encanta la barba de chivo. ¡Y no tenías canas!

—Ni una. Pero es normal, el Theo de esa foto es más joven que tú.

—¿Theo?

—Todo el mundo me llamaba Theo entonces.

—¿Este también eres tú?

—Déjame que la vea... Sí, y si no me equivoco estábamos celebrando mi mayoría de edad, veintiún añitos.

—¿Y toda esta gente?

—Amigos de aquella época. A la mayoría les he perdido la pista.

—¿Y este oso del pelo afro quién es? Tiene un polvazo.

Theodor le arrebató la fotografía de un zarpazo y le miró a los ojos con severidad.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué es lo que ves en él?

Marc se sorprendió de la violencia en el tono de Theodor y lo atribuyó a un injustificado ataque de celos, muy impropio de él. Contestó a la defensiva.

—Es una forma de hablar... Quiero decir que está bueno, de cuerpo al menos. —Acercó más la fotografía—. Pero hay algo extraño en su cara. Es una fiesta y él es el único que no sonríe, ¿te has fijado? Y esos ojos... No son simétricos, tienen algo perverso... o enfermo. ¿Quién es?

Theodor seguía mirándole con severidad. Tras unos segundos que parecieron horas, relajó el semblante y dijo:

—Se llama Wolf, o por lo menos así le llamaban entonces. No sé si seguirá vivo y prefiero no saberlo, pero si alguna vez te lo encuentras, donde sea y como sea, aléjate de él lo más rápido posible.

—Pero... ¿Por qué? ¿Qué pasó?

Theodor suspiró con resignación, buscó entre las fotos un primer plano del tal Wolf y pareció desafiarle con la mirada mientras se sumergía en sus recuerdos.

—Él fue quien me la hizo.

—¿Quién te hizo qué?

—La cicatriz.

Pero ¿quién demonios es Wolf?

“Conocí a Wolf en la High School of Performing Arts. Te sonará porque la película *Fama* estaba ambientada en esa escuela. La realidad no era exactamente como en la película, la gente no se ponía a bailar en medio de la calle así sin más, pero sí que era un centro con una reputación de una metodología didáctica alternativa y muy liberal. Estuve un par de semestres allí, lo suficiente para darme cuenta de que los escenarios no eran para mí, que mi oído musical no era lo que se dice sobresaliente y que las mallas y los calentadores eran incompatibles con mi barriga y mis muslos.

Supongo que Wolf llegó a la misma conclusión, porque cuando abandoné la escuela para dedicarme de lleno a la fotografía, él me siguió. Éramos buenos amigos, o eso pensaba yo. Pasábamos mucho tiempo juntos, compartíamos un apartamento mugriento en el Bowery y a los dos nos encantaba la noche, no nos perdíamos un concierto ni una performance, fumábamos marihuana a todas horas, conocíamos cada antro legal o ilegal en Nueva York, el CBGB era nuestra segunda casa. Estábamos *in*, como se decía entonces. Yo me dedicaba a retratar ese ambiente underground, y estas fotos que ves aquí son lo que queda de aquellos años. Muchos de los que aparecen en ellas están muertos. Otros son respetables padres y madres de familia. En cambio Wolf...

A la gente le hacíamos gracia, nos miraban por la calle. Wolf tenía un físico muy parecido al mío en cuanto a volumen y formas. Espalda ancha, bastante alto, brazos gruesos, prometedor barriga, vello por todas partes. Pero mientras que yo tenía el pelo lacio y claro, el suyo era negro y rizado. En ese momento yo no era consciente, pero viendo ahora estas fotos casi parecemos dos personajes de cómic... o de circo. Éramos un tándem, una pareja sin relación de pareja, y ese fue precisamente el origen de todo lo que vino después.

No sé cómo no lo vi venir. Para mí Wolf no era más que un buen amigo, un alma gemela con quien compartir inquietudes y anhelos en ese momento de la vida en que empiezas a descubrir al adulto que llevas dentro. Yo era consciente de mi sexualidad, claro, y también sabía el tipo de hombre que me gustaba. Con los años he ido abriendo el abanico, pero en aquella época yo estaba enamorado de Joe Dallesandro, platónicamente porque nunca le conocí, y no podía concebir meterme en la cama con nadie que pesara más de sesenta kilos o tuviera un pelo de más en su cuerpo. Wolf, en cambio, prefería los osos grandes, los chubbies, la carne abundante. A Wolf le gustaba yo.

No solo le gustaba yo, estaba obsesionado conmigo, pero eso no lo supe hasta que ya era demasiado tarde. En aquella época yo era bastante putón. Siempre lo he sido, no te voy a engañar, pero aquellos fueron mis años de descubrimiento y exploración, y te puedo asegurar que exploré muchísimas pollas en aquellas largas noches de

borracheras y colocones. El caso es que conocí a un chico, no recuerdo cómo se llamaba pero yo le llamaba Joe porque se parecía a Joe Dallesandro. Jovencito, fibroso, cara de niño y polla de actor porno. De hecho se dedicaba al porno hetero. Pues bien, este chico, Joe, fue una especie de novio para mí, mi primer novio. Yo estaba enamoradoísimo de él, y él parecía estarlo de mí, y nos pasamos una semana entera en mi cama, en aquel apartamento mugriento del Bowery. Follábamos a todas horas, de día, de noche, en la cama, en el suelo, borrachos, sobrios, fumados, antes de desayunar, después de desayunar. Él me follaba a mí y yo le follaba a él, en aquella cama desvencijada y ruidosa, en aquel apartamento de paredes de papel, sin pensar en nadie ni en nada más que en una nueva forma de comerme aquella polla, de follarme aquel culo o de ofrecer el mío propio al novio perfecto y su miembro insaciable.

Solo salíamos de la habitación muy de vez en cuando, para lavarnos un poco y bajar a comprar comida, e inmediatamente volvíamos a encerrarnos en aquel pestilente y morboso nido de amor. En ninguna de esas salidas vimos a Wolf, y yo supuse que había preferido ausentarse del apartamento esos días para no tener que aguantar los escandalosos arrebatos pasionales a los que nos entregábamos mi novio y yo. Pero me equivoqué. Resultó que en toda esa semana no se había movido de su habitación, pegada a la mía, apenas separada por un tabique de cartón. No sé si ya estaba antes o lo hizo entonces, pero a través de un pequeño agujero en la pared se dedicó a observarnos mientras follábamos. Nosotros follábamos y él tramaba su venganza. Un día, y otro día, y un polvo, y otro polvo, hasta que Wolf dijo se acabó... y la pesadilla comenzó.

Escogió bien el momento de su aparición, como un experto maestro de ceremonias. Yo estaba atado a las cuatro esquinas de la cama y... No me mires así, ya te he dicho que estaba en una etapa de exploración, a Joe le gustaba y reconozco que en aquel momento yo también disfrutaba de una experiencia nueva. Nunca he vuelto a dejar que me aten, y vas a entender por qué. Yo estaba bocabajo, completamente desnudo, y Joe se lo estaba pasando en grande forzando los límites de dilatación de mi culo. Después de haberme metido su enorme polla por todos los orificios del cuerpo, ahora se excitaba introduciendo objetos cada vez más gruesos en mi ano embadurnado de lubricante. Recuerdo un tubo de aspirinas, un calabacín, una botella de cocaola, una berenjena... No, la berenjena no llegó a entrar. Al menos no en mi culo.

Cuando Wolf irrumpió de una patada en aquella habitación recalentada por la pasión y sus efluvios, yo tenía un calabacín en el ano y la polla de Joe en la boca, mis cuatro extremidades amarradas a la cama y una erección de campeonato que empezaba a chorrear líquido preseminal sobre la sábana pringosa. Lo que pasó a continuación está un poco borroso en mi cabeza, pero recuerdo haber gritado «¡qué coño haces!» antes de que me amordazara con cinta americana. También recuerdo a

Joe en el suelo, de rodillas, con las manos atadas con cinta, una cuerda con un nudo corredizo al cuello y en su rostro una expresión de sorpresa, pero no de miedo. Por fin, Wolf habló. Pero se dirigió solo a mí, como si no hubiera nadie más en la habitación.

—No me importa que folles con otros, ya lo sabes, pero todo tiene un límite. Llevas una semana aquí encerrado, una semana sin dirigirme la palabra, sin preocuparte por mí. ¡Podría estar muerto en esa habitación y tú ni siquiera te habrías enterado!

Bruscamente, rasgó su camiseta con sus enormes manazas y dejó libre su amplio pecho y su contundente barriga, cubiertos de abundante vello negrísimo. Los ojos de Joe se abrieron como platos, daba la impresión de que no podía dejar de mirarle, como si estuviese hipnotizado. Wolf se desabrochó el cinturón y se sentó en un viejo butacón.

—Yo creía que lo nuestro era muy especial, que éramos almas gemelas, que tarde o temprano te darías cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro —por un momento le brillaron los ojos, pero rápidamente recuperó su mirada fría—. Pero está claro que me equivoqué.

Dio un tirón a la cuerda anudada al cuello de Joe y le obligó a arrodillarse entre sus piernas. Con un enérgico silbido abrió la cremallera de sus vaqueros y dejó libre su polla. Yo nunca se la había visto, ¿cómo podía imaginarlo? Joe, con los ojos y la boca desencajados, no podía creer lo que tenía delante de sus narices. Reconozco que yo tampoco. La polla de Wolf era enorme en longitud, pero sobre todo en grosor. Más gorda que una botella de cocaola, más gorda que un calabacín, puede que incluso más gorda que una berenjena. Oscura, rígida, cubierta de gruesas venas palpitantes, con un enorme glande rosado y brillante asomándose desafiante bajo el prepucio. Joe se abalanzó sobre ella con la boca abierta, pero no llegó a saborearla. Wolf le dio un sonoro bofetón que le hizo rodar hasta golpearse con la cama. Sin decir una palabra, Wolf le miró a los ojos, severo, y volvió a tirar de la cuerda. Joe se arrastró de nuevo entre sus piernas, con los ojos fijos en aquella polla pero sin atreverse a cruzar la línea.

—¿Realmente te satisfacen estos... medio hombres? Por lo que he podido ver, sí. Y no puedo entenderlo. Te confieso que he estado a punto de vomitar mientras te espíaba. ¿Qué ves en ellos? ¿De qué sirve una buena polla si no hay carne alrededor? ¿Cómo puedes preferir... esto a un hombre de verdad? ¿Crees que estás enamorado de este infrahumano? ¿Crees que él está enamorado de ti? ¡Abre los ojos de una vez, Theo!

Con una simple mirada de su amo, Joe supo que había llegado el momento. Se metió el enorme capullo en la boca y cerró los ojos, saboreándolo. Pero Wolf le plantó una de sus manazas en la cabeza y empujó con fuerza. Media polla desapareció

en la boca desencajada del joven, que gemía nervioso, respirando entrecortadamente por la nariz.

—Estos chasers no merecen vivir. Niños de papá que se pasan la vida en el gimnasio, hipócritas que dicen adorar la carne pero que no pueden soportar un gramo de grasa en sus cuerpos. Putos ladrones de osos, que se dedican a embaucar a bobos como tú —hundió aún más en su entrepierna la cara de Joe, cada vez más roja—. ¿Has visto cómo te quiere? ¿Has visto cuánto ha tardado en irse detrás de otra polla? ¿Crees que esto es digno de ser tu pareja?

Levantó de los pelos la cabeza de Joe, rojo como un tomate, respirando ansioso, tosiendo, babeando, y le obligó a mirarme. Nunca olvidaré esa expresión. Esos ojos inyectados en sangre no eran de este mundo, estaban poseídos por una fuerza que incluso yo empezaba a percibir, que emanaba del poderoso vientre de Wolf y alteraba el orden natural a su alrededor. Joe me miraba sin verme, porque sus ojos se giraban una y otra vez en busca de aquella polla sobrenatural, intentando desesperadamente volver a tenerla en su boca. Cuando Wolf se lo permitió, Joe engulló el enorme miembro aún más adentro, conteniendo las arcadas y la respiración, sudando y gimiendo, y con sus manos atadas cogió la manaza de Wolf y la llevó hasta su cabeza.

—¿Ves? ¿Ves lo que te decía? ¡No se merecen vivir!

Y empujó la cabeza del joven hasta que el pollón desapareció casi por completo en su boca, y cuando parecía que no entraría más siguió empujando, hasta que la mandíbula desencajada se perdió entre la espesura negra de sus huevos. Y solo cuando Joe empezó a ponerse azul, cuando empezó a patalear, Wolf le permitió recuperar el aliento un segundo para acto seguido follarle la boca con fuerza, una y otra vez, hundiendo la gigantesca polla hasta lo más profundo de su garganta, manteniendo el miembro allí durante unos segundos, llevando a Joe al borde de la asfixia, para acto seguido volver a empezar. Y sin dejar de follarle la boca, cada vez más fuerte, cada vez más rápido, agarrando arriba y abajo aquella cabeza colorada y sudorosa, Wolf me miró a los ojos y, en un susurro entrecortado que sonó a sollozo, dijo:

—Yo solo quería... que me quisieras... como yo te quería, Theo.

Y con un bramido que hizo retumbar las paredes de la habitación, de la casa y de medio Manhattan, descargó largamente en el esófago de Joe, inundando sus entrañas con oleadas de semen espeso y reconcentrado que, demasiado abundante para ser tragado, escapaba a borbotones por las comisuras de la boca del pobre Joe. El pobre Joe, que cayó en medio del charco blanco medio asfixiado y amoratado, boqueando como un pez fuera del agua, pero que en cuanto recuperó mínimamente la respiración buscó de nuevo la polla de Wolf para recoger con su lengua las últimas gotas de la corrida, y que no dejó de lamer el pringoso miembro hasta que su dueño le cruzó la cara de un bofetón y con una simple mirada lo mandó a un rincón.

—Hacía mucho que no ponía en palabras lo que pasó aquel día, y ahora entenderás por qué evitaba contártelo. Aquella experiencia me afectó profundamente, nunca volví a ser el mismo, y no estoy seguro de haberlo superado del todo.

Marc pasó un brazo sobre los hombros de Theodor y lo atrajo hacia sí. Sentados en medio de aquel mar de recuerdos de un pasado en blanco y negro, le besó la coronilla y le acarició las mejillas.

—¿Qué paso con Joe?

—Se marchó con él, pero antes...

—Antes te hicieron esto.

Marc acarició la cicatriz por encima de la camisa. Podía percibir perfectamente la forma ovalada bajo la tela, desprotegida sin su colchón de pelo blanco.

—No. Eso me lo hizo un cirujano. Fue una chapuza, pero en aquella época los rayos láser solo servían para matar marcianos, y yo necesitaba desesperadamente eliminar de mi cuerpo aquella... marca —Theodor suspiró profundamente y arrojó lejos el retrato de Wolf.

“Yo seguía amordazado y atado a la cama y Joe seguía extrañamente poseído por Wolf. Le obedecía sin necesidad de recibir órdenes, parecía saber lo que Wolf quería en todo momento. Cuando Wolf salió de la habitación intenté que Joe me desatase, o que me quitase la mordaza al menos. Grité y gesticulé, pero no se inmutó. Se quedó en su rincón, desnudo y sucio, con su correa al cuello, mirándome como si fuese un animal de otra especie. Wolf regresó al cabo de un rato. Llevaba una tela enrollada que desplegó sobre la cómoda. Desde mi posición no podía ver lo que había dentro, pero un tintineo metálico me estremeció. A un gesto suyo, Joe se tumbó en el suelo bocabajo. Le había desatado las manos, ya no era necesario. Con un golpe de la manaza de Wolf, Joe alzó el trasero ofreciendo su ano abierto de par en par. Wolf escupió en él, cogió el calabacín del sucio suelo y sin pensárselo dos veces lo introdujo de un golpe. Joe contuvo un grito y sonrió. Sin mucho miramiento, Wolf sacó el calabacín y cogió la berenjena. La observó unos segundos, la acercó al culo de Joe y se la metió con un par de fuertes empujones. A Joe se le escapó un gritito que Wolf penalizó con un apretón de la cuerda en su cuello. Con la cara roja, la boca abierta y los ojos cerrados, Joe movía las caderas en círculos, gimiendo calladamente. A pesar de que el dolor debía de ser insoportable, se diría que disfrutaba. Wolf empujó la berenjena aún más hasta que prácticamente desapareció dentro del culo y la sujetó allí con un par de tiras de cinta americana. Así lo dejó cuando salió en busca de un nuevo elemento para continuar con su sádico juego. Ese nuevo elemento resultó ser una barbacoa. Encendida.

A esas alturas, yo ya no tenía dudas de que Wolf se había vuelto completamente

loco. Probablemente su demencia venía de mucho antes, pero estoy seguro de que aquella semana de escandalosa exhibición de mis preferencias sexuales, de involuntario desprecio, fue la chispa que encendió la mecha de su explosión de locura. Durante siete días, al otro lado del tabique, se dedicó a alimentar su odio y su rencor hacia mí y, lo que es peor, a planificar su venganza.

Joe no fue más que ese papel inservible donde uno prueba la pluma antes de utilizarla para firmar un contrato importante o un acta matrimonial. Me costó reconocer aquella especie de gancho de formas extrañas que Wolf esgrimía ante mis ojos. Finalmente entendí de qué se trataba. Lo había fabricado el mismo, seguramente con perchas metálicas o algún tipo de alambre grueso. Tuvo que dedicarle tiempo y esfuerzo, pero dispuso de toda una semana para hacerlo. Aquello que Wolf depositaba ahora entre las brasas de la barbacoa no era otra cosa que un quemador, un fierro de los que los ganaderos utilizan para marcar las reses. Y las reses solo podíamos ser Joe o yo.

La primera vez que se lo hizo a Joe la marca quedó incompleta. La nuca no parecía la superficie ideal, pero a juzgar por el rictus en su cara, sí una de las más dolorosas. Volvió a calentar el fierro y esta vez lo clavó con fuerza en una de las nalgas del joven. Tras un silbido y una pequeña nube de humo que olía a bacon a la plancha, la imagen apareció por fin completa y perfecta: una zarpa de oso, esquemática quizá, no tan perfilada como las que miles de epidermis lucen hoy en día, pero perfectamente reconocible. Aún probó Wolf un par de localizaciones más. De un puntapié le dio la vuelta a Joe y estampó de nuevo la marca en su muslo, y luego en su pecho. No parecía muy convencido y volvió a girar a Joe. Sujetando con su bota el cuello del joven para evitar movimientos, ajustando la inclinación del fierro para un resultado uniforme, acuñó con fuerza el omoplato de Joe y se retiró para observar el resultado. Sonrió, o algo parecido, y sentí un escalofrío en todo el cuerpo cuando acto seguido me miró con sus ojos perturbados.

Yo no pude verlo, claro. Sentí sus poderosos muslos sobre mis riñones, sus manos acariciando el vello de mi espalda. Sentí un dedo recorriendo la raja de mi culo, sin violencia, casi diría que con ternura. Sentí ese dedo presionar en mi agujero, introducirse lentamente, con lascivia, pero yo estaba demasiado aterrado para disfrutarlo. Sacó el dedo de mi culo y le oí chuparlo. Luego cogió el fierro al rojo vivo, lo puso delante de mi cara y sentí el intenso calor en mis ojos. Recorrió mi espalda con él, podía sentir el ardor a escasos milímetros de mi piel, podía oír y oler cómo se chamuscaba mi vello al paso del hierro incandescente. Y por fin escuché su voz a mi espalda, profunda y aterradora.

—Serás mío para siempre.

Y sentí un pinchazo tan intenso, un dolor tan insoportable, que supongo que perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba solo en el apartamento. La cuerda de una de

mis manos había sido cortada, así que pude liberarme y comprobar que las cosas de Wolf habían desaparecido, incluido el fierro de la zarpa. No lo denuncié a la policía, preferí intentar olvidar aquel suceso lo antes posible. Nunca he podido olvidarlo del todo, pero al menos puedo decir que han pasado casi treinta años y jamás he vuelto a cruzarme con él. Y espero no tener que hacerlo nunca.

Marc abrazó a Theodor en silencio, le desabrochó la camisa y la dejó caer. Observó de cerca la quemadura ovalada y rugosa y la besó con ternura. Abrazó a su oso desde detrás y lo atrajo con fuerza contra su pecho. Rodaron los dos sobre la alfombra de papel y las fotografías se pegaban a sus cuerpos, rebozándolos de imágenes del pasado. Hicieron el amor con calma y mucha delicadeza, en silencio, a la vista de todos aquellos testigos de un pasado agri dulce. Marc quiso que aquel polvo fuera una especie de ceremonia purificadora, un exorcismo que liberase para siempre a su Theodor de aquel hechizo de su juventud, que le mantuviera a salvo de aquel oscuro fantasma que se había atrevido a mancillar su piel y su vida. Si lo consiguió o no, el tiempo y el destino lo dirían.

Envidia sana

Leo Cunningham no solo colgó el retrato en el salón de su nueva casa, sino que no permitió de ninguna de las maneras que Marc se lo regalase como le había prometido. Por supuesto, la posibilidad de su destrucción quedó descartada en el mismo momento en que a Cunningham se le permitió por fin contemplar el fruto de dos semanas de arduo trabajo. Reconoció su propio cuerpo, sí, pero de alguna forma los trazos del artista habían conseguido envolverlo en una atmósfera tan poética, tan irreal, tan mágica, que nadie vería un gordo desparramado en un diván sino a un ser dionisiaco, casi mitológico, excesivo pero elegante, con una expresión de profunda satisfacción, de alegría de estar vivo, de placer y de agradecimiento. La zona de la pelvis quedaba integrada en el conjunto de tal forma que no destacaba ni para bien ni para mal. Unos juegos de luces y sombras, unos destellos de bermellón y el pene de Cunningham trascendía tamaños y formas para simplemente formar parte del conjunto, de su magia y de su belleza.

El millonario estaba radiante el día en que, en presencia de Theodor, Marc le hizo entrega de la obra terminada.

—Theodor, no sabes cómo te envidio —durante unos segundos la ambigüedad de esas palabras quedó flotando en el aire—. Artistas con el talento de Marc aparecen en muy contadas ocasiones.

—Lo sé —Theodor sonrió ampliamente—. Soy muy afortunado.

Cunningham nunca supo del espía que presencié aquella gloriosa y única sesión de sexo entre él y Marc. Por supuesto, en los días posteriores intentó por todos los medios volver a follar con él, pero Marc se mostró implacable. Ante la insistencia del escocés, que al borde de las lágrimas llegó a decirle «fue el mejor polvo de mi vida, no me culpes por intentar repetirlo», Marc le hizo comprender que jamás volvería a suceder, y finalmente Cunningham no tuvo más remedio que aceptar que nunca volvería a saborear la maravillosa polla de Marc.

—Gracias por este excelente trabajo, has conseguido que incluso yo me vea bello.

—Solo he plasmado lo que veo en ti, pero me alegro de que no haya terminado en la chimenea.

—¡Estás loco! Nunca me desprenderé de este cuadro. ¡Jamás!

Marc sonrió y cazó de reojo la sonrisa de Theodor. Cunningham se despidió de Theodor con un blando apretón de manos, pero con Marc fue mucho más efusivo. No le importó que su pareja estuviese delante, le abrazó con todas sus carnes y hundió la nariz en su cuello susurrando «gracias, gracias, gracias», y cuando por fin se separó del joven, los ojos le brillaban y bajó la mirada camino de la salida. Aún se giró una vez más, y durante unos segundos contempló la estampa de un corpulento Theodor abrazando la estrecha cintura de su amado, con una enorme sonrisa de felicidad en la

cara, y a un Marc igual de feliz, o quizá más, que agarraba discretamente el culo de su osazo.

—Hay quien lo tiene todo y no lo sabe —dijo el millonario—, y hay quien cree tenerlo todo y no tiene nada... Sois muy afortunados, y os deseo sinceramente que sigáis siéndolo durante muchos años.

Y salió apresuradamente conteniendo las lágrimas. Theodor y Marc se miraron a los ojos durante unos segundos y, felices, se dejaron arrastrar por un beso largo y enamorado.

Tres no son multitud

Cunningham fue el único cliente con el que Marc se permitió una licencia libidinosa. Lo pasó bien follándose al chubby vicioso, sobre todo sabiendo que Theodor observaba desde las sombras, pero reflexionando después se dio cuenta de que no debía mezclar trabajo y placer, porque resulta muy difícil mantener una relación artista-modelo seria cuando el artista se ha corrido en el culo del modelo.

Y sin embargo, Cunningham no fue la única estrella invitada en la vida sexual de Marc y Theodor. Aquella experiencia dio origen a interesantes conversaciones entre la pareja en los días siguientes.

—Y si tanto te excitaba, ¿por qué no te uniste? —preguntó Marc sorbiendo el expreso doble que le despertaba cada mañana.

—Claro, como en las películas porno hetero. El marido que llega de trabajar y se encuentra a la mujer con el fontanero, y en vez de enfadarse se baja los pantalones y a follar, ¿no?

Marc rió con ganas.

—Quizás a Leo no le hubiera importado.

—Lo dudo. Probablemente a Leo le ocurra como a mí, que para gordo ya estoy yo y no necesito a otro.

—¿Tú crees?

—Seguro, por la forma de sobarte y de suplicarte que le follases, a Cunningham le gustas tú, no yo.

—Entonces, tú nunca te acostarías con otro oso...

—Espera un momento, ¿estás intentando decirme algo?

—¿Yo? ¿El qué? —Marc sonreía travieso desde detrás de su taza.

—¿Estás sugiriendo que hagamos un trío?

—¡Un trío! ¿Yo? Cómo puedes pensar eso de mí. Yo, que hasta que te conocí no sabía lo que era una polla... —se echó a reír y Theodor le clavó una mirada viciosa.

—Pues creo que ha llegado el momento de que sepas lo que son tres pollas en una cama. Lo difícil va a ser encontrar a alguien que nos guste a los dos. Pero tranquilo, aparecerá.

Y apareció. Un par de semanas después, tras una gala benéfica en un teatro de Broadway, la flor y nata de los escenarios de Nueva York se reunía en el ático con vistas a Central Park de uno de los productores más importantes del país. La fiesta, como la gala, tenía como objetivo recaudar fondos para la construcción de una escuela de teatro en Haití, y Theodor y Marc habían donado quince mil dólares a la causa. La tendencia sexual de los hombres presentes en aquella fiesta debía de estar en una proporción de nueve a uno. A favor de los gays, claro.

A Marc el tema del trío casi se le había olvidado, pero a Theodor no. Nada más

llegar a la fiesta, ambos de etiqueta, elegantísimos cada uno a su manera y sosteniendo sendas copa de champán, Theodor habló con voz calmada y profunda.

—En esta fiesta está el hombre con el que vamos a hacer un trío.

Marc se atragantó con el champán, tropezó con una alfombra y la copa se estrelló contra el suelo. Por un momento se sintió Peter Sellers en *El guateque*, pero Theodor le sujetó del brazo divertido y salieron a la terraza. Desde allí podían observar discretamente y estaban menos expuestos a los omnipresentes conocidos de palabrería fácil y hueca.

—Es imposible que sea perfecto para los dos, así que ambos tenemos que transigir, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, si ves a alguien que te guste me lo señalas discretamente. Yo haré lo mismo.

—¿Aquel junto a la piscina?

—¿No habíamos quedado en que para gordos ya estoy yo? Además, es una cotorra chismosa, mañana lo sabría todo Nueva York... ¿Qué me dices de aquel del traje de rayas?

—Es broma, ¿no? Pero si parece Jean Claude Van Damme sin depilar.

—Vale, vale, solo estamos tanteando. Ya aparecerá.

Y tras cuatro copas de champán, varios platos de canapés que Marc no llegó a probar y mucho barrido visual sin resultado, desde las profundidades de la cocina apareció, con uniforme blanco y un gracioso sombrerito de papel, el que estaba llamado a completar el sándwich de tres pisos que llevaban cocinando toda la noche. Tras una mirada mutua de aprobación, la pareja se dirigió decidida hacia el cocinero jefe.

—Permítame darle la enhorabuena —Theodor tomó la iniciativa—. El cáterin es exquisito.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—¿Trabaja usted en la casa?

—No, no, nos han contratado para el evento.

—Entiendo. ¿Y cree usted que nosotros podríamos contratarle?

El cocinero reparó por primera vez en Marc, luego miró de nuevo a Theodor, un poco confuso.

—Claro, aquí tiene mi tarjeta. ¿Sería una fiesta de este tipo?

—No —contestó Theodor con una mirada que dejaba poco lugar a dudas—, sería algo mucho más íntimo.

El cocinero lo cazó al vuelo, en su boca se dibujó una sonrisa y repasó a Theodor de arriba abajo con la mirada. Luego hizo lo propio con Marc, que observaba la escena como quien asiste a una final mundial de ajedrez.

—De acuerdo, si a los señores les parece bien podemos vernos mañana para concretar lo que tienen en mente.

—Déjate de señores. Él es Marc y yo Theodor. Te esperamos en casa mañana a las siete. Esta es la dirección.

—Allí estaré... Por cierto, me llamo João.

Desde el punto de vista de Theodor, las virtudes de João eran: la edad, menos de cuarenta según sus cálculos; el físico, recio pero no obeso; y el exótico color caramelo de su piel. Para Marc, las virtudes del cocinero eran muy diferentes: los gruesos antebrazos cubiertos de vello negro; la espesa barba que se perdía bajo el cuello del uniforme; la escasa pero compacta barriga que se intuía más abajo; y en general, su complexión de luchador greco-romano acolchado.

Cuando el timbre sonó a las siete de la tarde en el apartamento del Upper West Side, Marc se encerró en el estudio mientras Theodor recibía al invitado en el salón. La estrategia, vagamente perfilada por la pareja durante la comida, consistía en que Theodor abría la veda y Marc se incorporaría después. En perspectiva inversa a la última vez, en esta ocasión era Marc quien espiaba desde el estudio a través de la rendija en la puerta. Por una vez, Theodor parecía nervioso mientras esperaba que subiese el invitado. Pero en cuanto la puerta se abrió el Theodor seguro y encantador reapareció para dar la bienvenida al cocinero.

—Bonita casa. —Dijo João obviamente impresionado. Llevaba vaqueros y camisa de cuadros abierta con camiseta blanca debajo. La gorra de béisbol y una gruesa cadena de plata al cuello venían a completar el atuendo osuno estándar, y Marc no pudo evitar echar de menos el uniforme de cocinero.

—Ponte cómodo... ¿Una cerveza? ¿Vino?

—Cerveza está bien... Se dedica usted al arte, ¿no es así?

—Los dos nos dedicamos al arte. —Theodor sacó un par de cervezas del minibar y se sentó en el sofá junto a João.

—El chico joven... ¿Marc?

—Sí.

—¿No debía estar aquí también?

—No tardará en llegar, no te preocupes... Entiendo que prefieras su compañía a la mía, es un chico muy guapo, ¿verdad?

—Objetivamente sí, es atractivo. Un poco joven, quizá...

—¿Te gustan los hombres maduros?

—Me gustan los hombres hombres, que sepan lo que quieren y que no necesiten instrucciones. No tengo ninguna vocación de maestro.

—Te sorprendería lo que algunos alumnos pueden llegar a enseñarte —dijo Theodor deslizándose una de sus manzanas sobre el muslo de João.

—Me conformo con lo que me enseñes tú.

En la oscuridad, Marc sintió una ligera punzada en el estómago al ver a Theodor besando a otro hombre. De pronto no le pareció tan buena idea lo del trío, y viendo la energía que João ponía en ese beso, la evidente excitación que Theodor le provocaba, tuvo miedo de perder a su oso polar y a punto estuvo de salir huyendo por la escalera de incendios. Por fortuna no lo hizo, y el espectáculo al que asistió a continuación permanecería en su retina durante mucho tiempo.

El húmedo beso dio paso a caricias más o menos externas, luego cayeron camisas y camisetas, tintinearón hebillas, y de pronto los dos osos se pusieron en pie y ambos pantalones resbalaron, revelando sendos calzoncillos blancos con similares tiendas de campaña en su parte frontal. Desde su escondite, a Marc le acudieron a la mente imágenes tan inesperadas como las fichas de un ajedrez, café y leche, petróleo sobre nieve y hasta la antimateria. La visión de esos dos cuerpos juntos, el pelaje blanquísimo de uno y negrísimo del otro, frente a frente como en un espejo mágico, le resultó de una plasticidad tan subyugante que memorizó inconscientemente cada detalle de la escena para plasmarla más adelante sobre un lienzo. Los dos osos se abrazaron y sus pelajes se mezclaron, como dos especies de homínidos extintos, como en un documental de National Geographic, y el instinto cazador de Marc disolvió en un segundo todos sus temores y disparó su deseo, que se manifestó en una gloriosa erección y una oleada de calor que le hizo desprenderse de toda su ropa.

João se arrodilló ante Theodor, como un espécimen joven se postraría ante el jefe de la manada, y hundió la cara en sus calzoncillos, jugando con el bulto erguido, mordisqueando su punta, hasta que lo liberó de la tela y la polla de Theodor vio por fin la luz, sobresaliendo turgente y palpitante de entre la mata algodonosa. João se la metió en la boca con rapidez, la saboreó con los ojos cerrados, jugueteó con los huevos en su bolsa, mientras Theodor dirigía una sonrisa maliciosa hacia la rendija oscura. Sin sacar la polla de la cálida y aplicada boca, Theodor se dejó caer en el sofá y João siguió mamándosela a cuatro patas sobre la alfombra. Entonces, por fin, con un leve gesto de su mano Theodor invitó a Marc a pasar a la acción.

El joven entró en el salón sin hacer el menor ruido, completamente desnudo y con una erección de caballo. Se acercó por detrás de João, mirando a los ojos a un Theodor que parecía estar disfrutando solo lo justo, al menos hasta ese momento. Marc se arrodilló tras el oso joven, admiró la espalda amplia cubierta de pelo negro, las caderas anchas, la hendidura oscura transparentada bajo la tela del calzoncillo. Alargó una mano y metió dos dedos entre la tela y la raja. João dio un respingo, pero Theodor sujetó con su manaza la cabeza sobre su polla, indicándole que no tenía de qué preocuparse y que siguiese chupando. Una vez presentado, y bajo la mirada aprobadora de Theodor, Marc deslizó el calzoncillo y hundió la lengua en la oscura raja.

Cuando João pudo girarse y se encontró con la mirada del dueño de esa lengua, le

sonrió ampliamente. Parecía que el niño tenía más habilidades de las esperadas, y esa sospecha quedó plenamente confirmada cuando Marc se incorporó y João se encontró frente a frente con su rabo en plena forma. Con los ojos muy abiertos miraba incrédulo la polla, luego a Marc, luego a Theodor y de vuelta a la apetitosa polla. No tardó mucho en dirigir su boca a la recién llegada, lo que Theodor aprovechó para recoger con su lengua los restos de la saliva de Marc en el jugoso trasero. La actividad a tres bandas reclamaba mayor comodidad, y ya en la gran cama el juego continuó con creciente apasionamiento.

João no estaba especialmente dotado, en contra de lo que su físico podía sugerir, y enseguida quedó claro que su agujero recibiría agradecido cualquier polla que se prestase voluntaria. Mientras chupaba la verga y los huevos de Marc, Theodor desplegó un condón sobre su gruesa polla y se dispuso a encolar al oso. La imagen fue todo un shock para Marc, que nunca le había visto ejercer de activo, y cuando su polla estuvo dentro del culazo negro, con gruñidos y suspiros de la agradecida víctima, Marc sintió su erección crecer aún más al ver a su osazo penetrar a otro hombre. Se besaron por encima de João, con sus dos pollas dentro del invitado, y las chispas que saltaron en aquel beso, la pasión que se desató entre sus lenguas frenéticas, supuso el germen de una duda que se instalaría irremediabilmente en la mente de Marc y que le llevaría tiempo después a replantearse algunas supuestas certezas.

Las piruetas en la superpoblada cama continuaron, y el culo de João recibió expectante la polla de Marc después de que Theodor le abriese el camino. La excitación de Marc estaba alcanzando su límite, y follarse el culo de João con la polla de Theodor llenando su propia boca le resultó insoportablemente estimulante. Theodor descargó su abundante leche sobre el pecho de gorila de João, y Marc le imitó enseguida. Al invitado parecía costarle un poco más, así que la pareja se dedicó en cuerpo y boca a estimular cuantas zonas erógenas encontraron en el peludo corpachón de João. Un par de dedos en su culo, una polla recién corrida en su boca y unos dientes expertos en sus pezones, le condujeron por fin a una explosión espérmica ruidosa y abundante, que fue a empapar su pelambrera junto a los fluidos previos de sus dos amantes.

En el reposo post-polvo, con los tres hombres abrazados en un maremágnum de fisonomías y pilosidades dispares, João habló con la confianza del invitado agasajado y satisfecho.

—Así que estos eran los servicios para los que me queráis...

—No exactamente —dijo Theodor con una sonrisa—, es cierto que vamos a necesitar un cáterin. No muy grande, para unas cien personas.

—¿Celebráis una fiesta?

—Sí. Nuestra boda.

Juegos de rol

En realidad se casaron en Barcelona, la ciudad natal de Marc que la pareja solía visitar al menos una vez al año. Theodor adoraba la ciudad, su luz y su mar, y celebraron la boda en los jardines de una imponente masía asomada al Mediterráneo, en una ceremonia íntima con apenas un puñado de familiares y amigos. De vuelta a Nueva York, ya con las alianzas de platino encajadas para siempre en sus antitéticos dedos, ofrecieron una elegante fiesta en su casa del West Side. Coleccionistas, galeristas, artistas, escritores, periodistas, actores, celebridades varias y excéntricos representantes del mundo de la farándula se dieron cita en el amplio apartamento para celebrar una unión que, casi unánimemente, recibió la aprobación y sincera enhorabuena del mundillo del arte neoyorkino.

João se encargó del cáterin, por supuesto, con absoluta profesionalidad y discreción. Si alguien le hubiera preguntado, João habría dicho que se alegraba sinceramente por la pareja, aunque no podía evitar sentir cierta envidia por la felicidad que irradiaban. En el fondo, él también buscaba un hombre que le quisiera y a quien querer, y aunque su ideal de relación se parecía más a la monogamia absoluta, la gratificante experiencia con Theodor y Marc había abierto un resquicio en su idea de la fidelidad. Y aunque para cualquiera de los invitados a la fiesta el cocinero del gorrito gracioso no era más que eso, un cocinero, João no pudo evitar albergar una esperanza de que la noche terminase con un buen revolcón a tres bandas como el de la otra vez. Difícil. Al fin y al cabo aquello era una especie de boda, y un trío no parecía lo más apropiado para una noche de bodas.

Marc no tenía en mente ningún trío para terminar aquel día tan especial. Pero a pesar del uniforme, del gorrito y de su impecable profesionalidad, la presencia de João de nuevo en el escenario del encuentro le recordó a Marc la lujuriosa sesión de unos meses atrás, y una imagen recurrente le persiguió durante toda la noche: la de un Theodor enardecido, disfrutando visiblemente en su papel de follador y no de follado.

Desde que tuvo uso de razón, o más bien desde que tuvo un oso entre sus brazos, Marc siempre se había visto a sí mismo en un único rol, el de activo, y jamás se había planteado siquiera la posibilidad de probar el otro lado de la acción. ¿Por qué? No lo sabía, pero desde luego no tenía que ver con ningún prejuicio relacionado con la mayor o menor masculinidad de uno u otro papel. Era una simple cuestión de instinto, y cuando empezaba la batalla de la carne y el deseo se apoderaba de su voluntad, irremediablemente terminaba buscando un agujero agradecido donde descargar su polla. Algo estaba cambiando, sin embargo, y Marc quiso saber por qué.

—¿Tú me follarías?

Acababan de meterse en la cama por fin, agotados después de un día larguísimo, medio borrachos tras horas y horas comiendo y bebiendo, felices de ver juntos a

tantos amigos celebrando su unión. A Theodor no pareció sorprenderle la pregunta, más bien le hizo gracia.

—¿Esta noche? Ni con una grúa.

—No digo esta noche, yo también estoy muerto... Me refiero a que desde el principio nos repartimos los papeles así, pero quizá tú prefieras...

—A mí me encanta que me folles tú —sentenció Theodor tras un teatral bostezo.

—Sí, pero cuando el trío con João... Tú parecías disfrutar mucho follándotelo. Y a lo mejor resulta que a ti te gusta hacer de activo también y no te atreves a decírmelo porque es mi papel... Y es verdad, yo siempre he sido activo, pero si quieres algún día podemos probar... No sé si seré capaz, porque eso tiene que doler y tú tienes una polla muy gorda, pero a lo mejor con cuidado... Alguna vez sí que han querido penetrarme, pero yo siempre me he negado... Pero por ti estoy dispuesto a hacer lo que sea, Theodor, y si tú quieres que...

Un potente ronquido retumbó en la habitación poniendo punto final al monólogo de Marc. Theodor no llegó a escuchar ni una palabra de la propuesta de cambio de roles, y por alguna razón Marc no volvió a plantear el tema en los meses posteriores. Y aunque siguió dándole vueltas en su cabeza durante mucho tiempo, y la imagen de un Theodor activo le seguía produciendo una curiosidad salpimentada de morbo que no terminaba de desaparecer, Marc nunca volvería a tener la oportunidad de planteárselo a su marido. Los roles sexuales, por desgracia, dejarían de tener la más mínima importancia ante el inesperado giro del destino que estaba a punto de golpear a la pareja.

Hasta que la muerte nos separe

Trece meses después de la boda, seis años después de aquel primer encuentro en la galería de Ginny, la felicidad de la pareja, acorazada, intocable y aparentemente eterna como una fortaleza medieval, se vio reducida a cenizas por un terremoto inesperado y devastador. La desgracia que arrastraría a Marc al abismo de la desesperación, el desastre que le dejaría solo y desconsolado en un mundo vacío y frío.

El avión que debía llevar a Theodor desde Nueva York hasta Sídney desapareció en medio del Pacífico sin dejar rastro. No se recuperaron cuerpos ni se localizaron restos de la aeronave. Avión, tripulación y pasajeros simplemente se volatilizaron. Los equipos de rastreo, frustrados y desconcertados, dejaron de buscar al poco tiempo. Meses más tarde se les dio por oficialmente muertos.

Marc deseó morir también para acabar con el insoportable dolor, pero las muestras de apoyo de amigos y conocidos, el cariño con el que le envolvieron desde todos los flancos de su vida, le ayudaron a ver una luz al final de ese túnel maldito. Y al cabo de un año no le quedó más remedio que dar la razón al dicho de que el tiempo lo cura todo, o al menos amortigua el dolor de cualquier herida, por profunda que sea. Fue entonces cuando decidió exponer esa herida, mostrar al mundo su dolor en un sincero y sentido homenaje al hombre que cambió su vida para siempre. El hombre que le amó como nunca nadie le había amado. El hombre al que amó como nunca creyó que se pudiera amar.

La madurez era esto

Seguramente fue la inauguración más concurrida de una exposición de Marc. En la galería no cabía un alfiler y Ginny parecía al borde del colapso, arriba y abajo atendiendo invitados, pendiente del cóctel, recibiendo a autoridades.

A Marc nunca le habían gustado estos eventos. Odiaba hablar en público, y aún recordaba su primera inauguración, en esa misma galería, con apenas unos cuantos amigos entusiastas y un puñado de cuadros que iniciaban la senda artística en la que se adentraría con los años y la experiencia. En aquel primer discurso público sufrió lo indecible, los nervios apenas le dejaron leer las pocas líneas escritas que había preparado junto a Theodor, y ni siquiera el azul profundo de sus ojos tranquilizadores en primera fila consiguieron mitigar su pánico.

Sin embargo, poco quedaba de aquel tímido Marc Brossa en el Marc Kaplan a quien Ginny cedía ahora micrófono y atril, sin papeles ni notas, seguro y firme en sus ideas y en su visión del arte y de la vida, un joven de treinta y pocos años a quien los vaivenes del destino habían convertido en un adulto, aunque en contra de su voluntad.

—Muchas gracias, Ginny. Gracias a todos por estar hoy aquí —repasó de un vistazo los rostros expectantes, más o menos conocidos, más o menos amigos. Tomó aire y se dejó llevar—. Creo que todos conocíais a Theodor. Desde su desaparición, hace ya más de un año, he recibido innumerables muestras de cariño de todos vosotros. Quiero aprovechar que os tengo delante para daros las gracias de todo corazón, vuestro apoyo me ha ayudado mucho más de lo que podáis imaginar a soportar lo insoportable. Supongo que es lo normal en estos casos, pero lo cierto es que durante meses me negué a aceptar la realidad, me aferré a la ilusión de un milagro que me traería de vuelta a Theodor sano y salvo. Esa ilusión me ayudó a sobrellevar lo más duro, pero finalmente no me quedó más remedio que rendirme a la realidad: los milagros no existen. Tuve que aceptar entonces que jamás volvería a verle, que la persona más importante de mi vida, el hombre al que le debo todo lo que soy, no solo como artista sino también como ser humano, nunca volvería a abrazarme... —se le quebró la voz—. Perdón, he prometido que no iba a llorar y no lo voy a hacer... Aceptar esa dolorosa realidad no supuso el fin de la pesadilla, porque esta pesadilla me acompañará toda mi vida. Pero sí me sirvió para empezar a ver la luz, para echar a andar hacia la salida de ese laberinto de dolor en el que he estado encerrado. Muchos de vosotros no lo sabéis, pero durante todos estos meses no he dejado de pintar. Obsesivamente, en un intento inconsciente de atrapar los recuerdos, de plasmar sobre el lienzo todo lo que Theodor compartió conmigo en los años que vivimos juntos. Estos cuadros que veis aquí son el resultado de esa obsesión. Mi trabajo más íntimo, más doloroso y a la vez más luminoso. Theodor está en cada uno de esos lienzos, que pinté para mí y para nadie más. Os ruego que miréis

estas obras con el mayor respeto, no por mi trabajo, sino por el gran hombre al que están dedicadas. Ha llegado el momento de que su recuerdo se propague por el mundo. Ya es hora de que Theodor... mi Theodor, salga de la urna en la que lo he tenido guardado egoístamente y ocupe su lugar en los hogares de conocidos y desconocidos, para que disfruten de su belleza tanto como yo disfruté de su... — Marc sintió que no podía continuar, pero ya no quedaba nada por decir—. Gracias.

El aplauso fue largo y sentido, y en contra de la frivolidad que suele reinar en este tipo de actos, se vieron lágrimas sinceras. Ese mismo día se vendieron más de la mitad de las piezas expuestas, y uno de los compradores más generosos fue Leo Cunningham. Asaltó a Marc en cuanto terminó su discurso, en un estrecho y carnoso abrazo que le dejó casi sin respiración.

—Marc Kaplan, me encanta. Has sido muy valiente exponiendo estas obras.

—Gracias Leo. Me ha dicho Ginny que has comprado el retrato grande.

—Sí. Aunque no lo creas, Theodor también ha sido una inspiración para mí.

—¿Ah sí?

—¿Recuerdas el día que me llevé mi cuadro? ¿Te acuerdas que Theodor y tú me despedisteis en la puerta, cogidos de la cintura?

—Sí. Me ha venido a la cabeza muchas veces aquello que dijiste, lo de que hay personas que lo tienen todo y no lo saben. Cuánta razón tenías.

—Exactamente. Después de aquel día decidí ser como Theodor, o al menos intentar parecerme a él. Ya no juego a ser lo que no soy. Soy Leonard Cunningham, gordo, homosexual y con la polla pequeña, y a quien no le guste por mí se puede tirar desde el puente de Brooklyn.

—Me parece una buena filosofía de vida, serás más feliz.

—¿Y sabes qué? El retrato que me pintaste es un éxito. Es mi mejor tarjeta de presentación. No sabes la cantidad de pretendientes que me ha dado ese cuadro. Y ahora pondré a Theodor a mi lado, para que me recuerde siempre al hombre que me gustaría ser.

—Muchas gracias Leo... De verdad, no sabes cómo te agradezco esas palabras.

Fue Marc quien abrazó a Leo esta vez, quien estrechó sus cálidas carnes contra su pecho. No hubo intención libidinosa por ninguna de las dos partes, fue un abrazo de dos amigos unidos por el cariño y la admiración hacia el hombre que les cambió la vida... Bueno, más o menos.

—Ya sé que no debería decirte esto en un día como hoy, pero si alguna vez te sientes solo y necesitas compañía, un chubby que te dé calor, un fin de semana en el Copacabana Palace de Rio de Janeiro...

Marc no pudo contener la risa.

—Gracias Leo, pero me temo que no va a ser posible. Dentro de una semana vuelvo a Barcelona. Estaré fuera durante un tiempo.

—Qué lástima. Bueno, pero no olvides que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti —y acercándose a su oído le susurró—, y mi culo también.

Volando al futuro

En dos maletas lleva todo lo necesario para empezar una nueva vida. Claro, que también ayuda tener un par de cuentas bancarias bien surtidas y una colección de arte valorada en decenas de millones de dólares. Y no es que tenga intención de tocar nada de lo que perteneció a Theodor, a pesar de que legalmente es suyo. No le hace falta. Su propia obra está ya suficientemente bien cotizada como para permitirle vivir cómodamente sin tener que preocuparse del dinero.

En la zona de embarque del Aeropuerto Internacional JFK, Marc repasa en su tablet los cuadros expuestos. Todos vendidos, y según Ginny a compradores de todos los rincones del mundo, desde China hasta Nueva Zelanda, pasando por Argentina, Rusia, Sudáfrica o Francia. Marc sonríe, así es como debía ser. En la bodega del avión que debe llevarle a Europa viajará también un cuadro, protegido como si fuese *La Gioconda*, que le acompañará en esta nueva etapa. Para recordarle que no fue un sueño. Para que Theodor no desaparezca del todo.

Primera parada, Barcelona. Está deseando volver a casa, claro, pero Marc es consciente de que no es el mismo que se fue de allí siete años atrás. Sabe que su horizonte es ahora mucho más amplio, que en su nueva vida puede suceder cualquier cosa, que el destino puede llevarle a cualquier lugar. Por eso ha cogido las llaves del apartamento de París, porque pocos lugares hay en el mundo más bellos para perderse. Siempre nos quedará París.

Marc lo ha visto en la cola de embarque. Como para no fijarse. Pero la casualidad quiere que se sienten juntos en las amplias butacas de clase preferente.

—Me encantan estos asientos, ¿a usted no?

—Son muy cómodos, sí. —Marc observa de reojo al señor redondo y barbudo que se dirige a él con fuerte acento francés.

—Le das a este botón y, voilà, ya es una cama.

—¿Va usted a Barcelona?

—Sí, tengo casa allí. Pero en realidad soy de París.

—Qué casualidad, yo soy de Barcelona y tengo casa en París.

Marc no puede evitar clavar los ojos en el corpachón repantigado a su lado como una odalisca, en la barriga reventona que llena la camisa tensando los botones, en las tetitas prietas a ambos lados de la corbata, en los amplios muslos enfundados en el pantalón de traje. Y cuando se remanga la camisa, los ojos se le van hacia los antebrazos cónicos cubiertos de pelusa entrecana. Enmarcada por una barba negra con franjas blancas que parecen pintadas con aerógrafo, una cara redonda y amigable, de carrillos carnosos y sonrisa fácil. Y tras los carrillos, unos ojos color avellana que invitan a las confidencias.

—¿Viaja usted solo?

—Sí. Mi marido murió hace unos meses —Marc no sabe por qué le está dando una información tan íntima a un completo desconocido.

—Entiendo... Espero que no le moleste si le digo que si yo tuviese un marido como usted también me moriría mañana mismo.

Marc no acierta a interpretar la intención de la frase y se queda callado. El gordito titubea, buscando desesperadamente las palabras en un idioma que obviamente no es el suyo.

—Quiero decir... que después de haber estado casado con alguien como usted mi vida habría valido la pena y podría morirme feliz.

Marc sonrío, en parte por la aclaración y en parte por el piropo descarado y sus implicaciones. Un vuelo de diez horas por delante, un oso panda de lo más abrazable al lado y un comienzo de erección en su entrepierna. El osito se quita la corbata y se desabrocha un par de botones de la camisa. Un mechón de pelo blanquinegro se deja entrever sobre un mullido colchón de carne y Marc se remueve en su asiento para disimular la creciente rigidez de su miembro.

—Me llamo Joel —dice el oso panda.

—Yo soy Marc, encantado.

Y mientras se despide en silencio del skyline neoyorkino que ya sobrevuelan, del Upper West Side y la Calle 75 donde siempre estará su hogar, Marc no puede evitar preguntarse si alguien en el avión sospecharía al ver a un treintañero como él y a un cuarentón como Joel entrando juntos en el servicio.

Continuará...

